

Y
0159
1925

RAFAEL URIBE URIBE

LOS PROBLEMAS NACIONALES

CONFERENCIA

Leída ante la Unión Nacional de Industriales y Obreros
y ante el Ministro de Instrucción Pública, Dr. Pedro María Castrillo
el domingo 4 de diciembre de 1910, en el Salón de Grados.

Reimpresión hecha por disposición de los hermanos del General
Rafael Uribe Uribe, como tributo de su venerada memoria en el
undécimo aniversario de su muerte.

TULUA, OCTUBRE 15 DE 1925

Tip. Minerva - Tulua

UNIVERSIDAD
EAFIT

Abierta al Público
Sala de Patrimonio Documental



4
0159
1925



UNIVERSIDAD
EAFIT®

Abierta al mundo
Sala de Patrimonio Documental

RAFAEL URIBE URIBE

LOS PROBLEMAS NACIONALES



CONFERENCIA

Leída ante la Unión Nacional de Industriales y Obreros
y ante el Ministro de Instrucción Pública, Dr. Pedro María Carreño
el domingo 4 de diciembre de 1910, en el Salón de Grados

Reimpresión hecha por disposición de los hermanos del General
Rafael Uribe Uribe, como tributo de su venerada memoria en el
undécimo aniversario de su muerte.

TULUA. OCTUBRE 15 DE 1925

INTRODUCCION



UNIVERSIDAD
EAF

Abierta al mundo
Sala de Patrimonio Documental

PK/6

INTRODUCCION



En 1915 seleccionamos algunos de los trabajos del General Uribe y los publicamos en el título de "Páginas políticas" como un homenaje a su memoria en el primer aniversario de su muerte. Hoy diez años después, escogemos con el mismo fin "Los Problemas Nacionales," brillante conferencia leída por él en el Salón de Grados de Bogotá el domingo 4 de diciembre de 1910 ante la Unión Nacional de Industriales y Obreros, con asistencia del Ministro de Instrucción Pública, doctor Pedro María Carréno.

Hemos dado la preferencia a este trabajo del General Uribe porque, en nuestro concepto, en ninguno como en él se destaca con perfiles más precisos, más nítidos, el patriota y el hombre de Estado conocedor profundo de los males que aquejan a su país. Antójasenos ver allí a Juvenal, vapulando airado a los romanos por sus vicios, pero con la diferencia de que el General Uribe a la vez que muestra la llaga aconseja el remedio. El amor y el dolor están allí sabidamente dosificados: el amor a Colombia, el deseo vehemente de que ocupe un puesto de honor entre las naciones de América, y el dolor de verla tan lejos de esa meta con motivo de los grandes vicios de su pueblo y el descuido o la impericia de sus gobernantes.

Han transcurrido 14 años, y si en justicia y en verdad no podemos negar que algunos de los problemas anotados por el General Uribe en 1910 han sido resueltos favorablemente y otros están en vía de solución; entre los primeros el problema de la moneda y el de Panamá, y entre los segundos el de límites con los países vecinos, es tan poco lo que hemos adelantado en el sentido de nuestro perfeccionamiento, que si a estos asuntos pudiera aplicárseles la proporcionalidad, tendríamos que en dos siglos llegaríamos a la cima anhelada por el General Uribe en su delirio patriótico. Efectivamente, hagamos un examen de conciencia y digamos qué hemos hecho para resolver el Problema Militar, el del Analfabetismo, el Universitario, el Higiénico, el del Sufragio, el de los Partidos Políticos, el Parlamentario, el Jurídico, el de la Autonomía Municipal, el de la Prensa, el de Poble, el suelo, el de la Reducción de salvajes, el de las Aguas y Florestas, el de la Estadística, el Industrial, el del Trabajo, el de la Vagancia, el de la Tenencia de empleos, el Demográfico, el de la Asociación, el de la Alegría? Qué hemos hecho para realzar la Coalición Nacional Patriótica, único medio de alcanzar, a la vez que la paz y la armonía entre los colombianos, el progreso efectivo del país, con el sencillo programa de cinco proposiciones generales ideado por el General Uribe? Hélas aquí:

"Sobreponer a todo trance la patria a los partidos;
Conservar y defender la integridad nacional;
Sostener sin reservas la paz y la legalidad;
Fomentar la instrucción y la educación públicas; y
Acordar una tregua durante la cual se abstuviera de tratar cuestiones políticas y religiosas candentes."

Creemos, en conclusión, que el trabajo que hoy publicamos debería ser el breviario, no solamente de nuestros Presidentes, sino de todas las corporaciones y de los empleados administrativos del país; simplemente porque es una cátedra del más puro patriotismo.

JULIÁN URIBE URIBE.—TOMÁS URIBE URIBE.—HERACLIO URIBE URIBE.
EMILIA URIBE DE REBOLLEDO.



LOS PROBLEMAS NACIONALES

CONFERENCIA

leída ante la Unión Nacional de Industriales y Obreros
y ante el Ministro de Instrucción Pública, Dr. Pedro María Carreño,
el domingo 4 de Diciembre de 1910, en el Salón de Grados.

Señor Ministro, señor Presidente de la Unión Obrera, señores:

Presento a la *Unión de Industriales y Obreros* el testimonio de mi más profundo reconocimiento por la distinción con que ha querido honrarme al requerirme para hacer esta Conferencia.

Aplaudido el espíritu de asociación de que dan ejemplo los hombres de arte y de trabajo de la capital; deseo que dure entre ellos la solidaridad que hoy los anima y que la apliquen a fines prácticos; y les ofrezco mi colaboración constante y desinteresada en todo lo que les parezca útil.

Paso a ocuparme en los problemas nacionales, tema que había ofrecido tratar.

El más superficial examen revela que quizá no hay otro país como Colombia, cuyo camino esté erizado de problemas tan graves, todos ellos sin resolver, o apenas imperfectamente abordados con lamentable retardo.

1.—El problema de la paz interna

Bastante se ha avanzado para establecerla en la única parte donde ella debe residir, que es en el ánimo de los mismos colombianos. Pero confesemos que todavía abrigamos duda sobre su estabilidad y todavía tememos que pueda alterarse, porque bajo el rescoldo haya aún carbones mal apagados, capaces de hacer llamarada al soplar un viento propicio. No hace mucho tiempo se formó aquí una *Liga de la Paz*, que si no se inspiraba en la necesidad de combatir corrientes opuestas y peligros posibles cuya existencia se admitía, en todo caso era un compromiso que los colombianos tomaban consigo mismos, a la manera de

quienes se enrolan en las sociedades de temperancia para defender su virtud vacilante y rodear de vallas una voluntad que no se siente firme. En otros países la paz interna no se discute, no se pone en duda, es un hecho adquirido en firme, con que todos cuentan y que es la base de todas las operaciones de la vida. Mientras que aquí, si cada colombiano descende al fondo de su conciencia y la escruta honradamente, ¿no es cierto que allí encuentra el sentimiento vago de que cada situación de las que hemos venido atravesando no es definitiva sino transitoria? Transitorio y no definitivo es todo en el mundo, todo en lo humano, y particularmente todo en lo político; pero el recelo que nos asiste no es el de cambios lentos por evolución tranquila, que son inevitables y aún deseables, sino el de vuelcos repentinos e inesperados. Algo sabemos todos de elementos que no hallando cabida en el juego normal del orden y la ley, asechan en la sombra la ocasión del asalto, y esto nos produce una zozobra análoga a la del viajero de noche por nuestras selvas, que sintiera fijos sobre sí los ojos rutilantes del jaguar.

En estos mismos días han circulado por todo el país rumores de próximos trastornos. ¿De qué procedencia? ¿con qué fundamento? ¿para alejar a los ciudadanos de las urnas? ¿para imponerse al Gobierno por el terror? Sea como fuere, es absurdo es criminal difundir alarmas perjudiciales a la tranquilidad, a la industria y al trabajo, sólo para alcanzar ruines resultados políticos; y denota muy escasa capacidad reconocer que sólo se puede dominar apelando a las amenazas de la violencia o a la invención de complots.

No creo, por supuesto, que aún haya en Colombia quienes piensen en guerra civil abierta. Para ello se necesitaría no tener memoria para recordar, ni juicio para comprender, ni oídos para escuchar, ni ojos para ver, ni corazón para sentir y amar a la patria y a nuestros hermanos. Pero es evidente que sí hay quienes se deleitan todavía con la idea de maquinar cambios rápidos que suponen incruentos, y que amenazan con ellos como arma política, que sería de ningún uso si el sentimiento pacífico estuviera más arraigado. El espíritu guerrero ha desaparecido del espíritu público. Lo que sabemos es que todavía hay algunos que buscan por la sublevación militar y los golpes de mano, lo que ya no pueden esperar de la revolución popular.

No hemos alcanzado tampoco aquella certeza general de poseer bases institucionales sólidas, admitidas por todos y consagradas por el tiempo, como las que gozan otros países. No poseemos todavía la entidad abstracta y permanente de un arreglo fundamental que todos acatemos y defendamos. Eso sólo lo obtendremos en el transcurso de largos años, durante los cuales todos nos esforcemos en mantener el orden, a cuyo amparo todo se irá arregiando, todo se irá remediando, todos los factores apreciables entrarán en línea, todas las aspiraciones lícitas serán satisfechas y todos los intereses legítimos consultados.

Mientras tanto, al paso que carecemos de confianza en que el peligro de nuevos desórdenes esté en absoluto conjurado, tampoco en el Extranjero se otorga entero crédito a nuestro buen juicio, y este doble sentimiento de inseguridad perjudica la entrada y el empleo de capitales para el acometimiento de empresas que pidan largo aliento. El alto tipo del interés y del cambio es el índice innegable de este estado de al-

ma nacional y de su reflejo en el Exterior. Falta, pues, mucho por hacer para consolidar la paz, y por eso debemos ser infatigables en hablar de ella, en escribir sobre ella, en predicarla a toda hora y ocasión. A fuerza de repetir la palabra llegaremos a tener la cosa, por autosugestión, y sólo cuando estemos persuadidos nosotros mismos, será cuando podamos convencer a los demás.

2.—El problema externo

que puede descomponerse en ocho:

a) EL PROBLEMA DIPLOMÁTICO. Tuvimos un tiempo respetables tradiciones de Cancillería que después hemos perdido, y hábil representación en el Extranjero, que luego se ha hecho rara. Nuestra Cancillería fue de las mejor servidas, para honra, gloria y seguridad del país; mas parece que los estadistas que la dirigieron no hubieran formado escuela, y eso ha contribuído grandemente a nuestros errores y desgracias. Es preciso reconstituir el Ministerio de Relaciones Exteriores y reorganizar el servicio diplomático y consular, para que correspondan a lo que de esa oficina y empleados tiene derecho a exigir la dignidad de la República; y urge reanudar las tradiciones de seriedad, vigilancia, trabajo, y orgullo que distinguieron nuestra política extranjera; darle una orientación fija; encaminada a lograr fines determinados con precisión, y perseguirlos al través de los años, con tesón y perseverancia, y con el criterio del interés nacional, que es el único a que hoy atiende el mundo. En tratándose de política exterior, las naciones no tienen hoy moral ni conocen justicia; el egoísmo se sobrepone al altruísmo y, como lo proclamó Bismarck, la fuerza prima sobre el derecho. No hagamos nada de eso con los demás países, pero no permitamos que ellos lo hagan con nosotros;

b) EL PROBLEMA DE PANAMÁ, que envuelve el de nuestras relaciones con los Estados Unidos, el de nuestra dignidad de nación herida y afrentada, y el del tráfico por el futuro Canal;

c) EL PROBLEMA DE LAS FRONTERAS, que está todavía sin resolver con varios de los países vecinos. Un laudo decidió la cuestión con Venezuela, pero aún faltan trechos de línea por demarcar, y no ha desaparecido la rara tendencia a exigirnos cesiones territoriales a cambio de ventajas comerciales. Otro laudo falló el pleito con Costarrica, pero fue de ningún provecho, porque la separación de Panamá renovó la litis en forma más peligrosa. Con el Brasil se celebró un tratado de límite, cuya efectividad depende del deslinde sobre el terreno, lo que aún puede originar serias diferencias. Con Ecuador y Perú hay pleitos pendientes;

d) EL PROBLEMA DE LA LIBRE NAVEGACION de los ríos que, naciendo en nuestro territorio o recibiendo afluentes formados aquí, van al mar por el territorio de nuestros vecinos. Ligado, en parte, al de límites, este problema está insoluto, y asume aspecto difícil, en especial con Venezuela; de ahí dependen la prosperidad de algunas provincias santandereanas y el progreso de nuestras llanuras orientales;

e) EL PROBLEMA DE LOS TRATADOS DE COMERCIO—Casi todos los que tenemos vigentes necesitan ser revisados, de acuerdo con las últimas indicaciones de la ciencia económica y con las prácticas adoptadas por los otros países;

f) EL PROBLEMA DE LA MARINA DE GUERRA, que es urgente e imprescindible crear, si no con elementos ofensivos de primer orden, con los cuales no pueden las fuerzas de nuestro Tesoro, por lo menos con barcos de efecto defensivo (cruceros, torpederos,) que nos pongan a cubierto de sorpresas desagradables. La base es la educación de oficiales y marinos en una Escuela naval, con su indispensable complemento de navíos-escuelas. Establecer el comercio de cabotaje, bajo bandera nacional, para conexionar nuestros puertos entre sí, por medio de una carrera regular de navegación, tanto en el Atlántico como en el Pacífico, es aspiración que mira al desarrollo del comercio y a la futura formación de una marina mercante;

g) EL PROBLEMA DE LA DEFENSA DE LAS COSTAS, levantando fortalezas, emplazando baterías, allegando elementos y experiencia para la colocación de minas, y construyendo caminos y telégrafos a lo largo del litoral de ambos mares, para facilitar la rapidez de las comunicaciones; y

h) EL PROBLEMA DE LAS RECLAMACIONES ESTRANJERAS, que tantas humillaciones y dinero nos han costado y nos seguirán costando, mientras no tengamos una buena ley sobre la materia, y mientras no pongamos cuidado en ver con quien tratamos. El rechazo de la Doctrina Drago en la Conferencia de La Haya, es una seria advertencia que debemos tener presente a toda hora. Vemos también por la intransmisibilidad del territorio a empresas de extranjeros, ya en forma de subvenciones de baldíos, ya en concesiones mineras, ya con otros motivos o preteritos, y en todo caso no toleramos que se iraten por la vía diplomática controversias de derecho común, cuya decisión corresponde a los Tribunales.

Sobre todos estos problemas, que giran a lo exterior, pueden hacerse algunas reflexiones generales. Mucho se habla en este tiempo de la valorización de determinados productos industriales, pero nada bien positivo hacemos para valorizar la Nación, es decir, para procurarle una cotización apreciable en el mercado del Derecho de Gentes. Sin escuadra, sin ejército suficiente, sin comercio, sin industrias, sin presupuestos, sin población proporcionada al territorio, y sin diplomacia, hemos carecido de todos los elementos que hacen tomar en cuenta la voz y el voto de un país en el concierto universal. Hay que reflexionar en que arriba de todo está la personería internacional, y que un pueblo sin relaciones externas bien dirigidas, sin riqueza en el Erario y sin armas en los parques, para defenderse a la hora del peligro, casi puede decirse que pierde el derecho moral de conservar su autonomía, en medio de otros países cultos y fuertes.

Tenemos en contra nuestra la geografía. Por causa de ella, las que creíamos ventajas se han convertido en origen de penas y de atraso. Estamos demasiado al Norte, haciendo cabeza en la América Meridional. Nos halláramos bien lejos al Sur, como Bolivia, Chile o Argentina, y así no nos hubiera tocado el primer turno, al cual seguimos expuestos. El Istmo de Panamá, de que nos enorgullecíamos, mejor sería que nunca lo hubiéramos tenido, para evitarnos la desmembración, no tan

dolorosa como pérdida de territorio, como por la injusticia y afrenta que nos acarreó. La posesión de costas en ambos mares y la de vertientes al Amazonas y al Orinoco, que pregonamos como favores de la naturaleza, de nada nos han servido sino para complicar nuestros cuidados y dispersar nuestros exiguos recursos. Aún tenemos islas, puertos, valles y pasos codiciables. La amenaza nos rodea por todos los vientos de la Rosa, y se agrava a medida que en las relaciones internacionales priva la noción de la primacía de la fuerza sobre el derecho. Frente al interrogante del porvenir, tenemos que equiparnos si no queremos ser miserablemente arrastrados por el huracán destructor de una conflagración siempre posible. Nadie sabe hoy día lo que será el mañana, y hombre prevenido vale por dos.

La guerra con los Estados Unidos fue para España una prueba cruel, como la de Rusia con el Japón una enseñanza tremenda, pero de los desastres de Cavite y de Santiago renació una España nueva, llena de vigor y de energía, que ha merecido el apoyo de Inglaterra y Francia; y de Puerto Arturo, Mukden y Tshushima salió una Rusia regenerada por el infortunio, y así la vimos en La Haya presidir, puede decirse, los destinos humanos. Liquidada por ambos países la angustiada crisis posterior a sus derrotas, han desenvuelto asombrosamente su espíritu nacional y sus fuentes productoras, lo mismo que Italia después de su trágica aventura de Etiopía. Las tres naciones caminan a paso de gigante para una restauración económica y política que las honra y las ha hecho recuperar casi todo su antiguo prestigio.

¿Será Colombia la única incapaz de aprender la ruda lección de Panamá? Lo que allí se nos enseñó, marcándonoslo bien hondo con hierro candente en las carnes desnudas, fue que promesas de amistad entre países son como los juramentos de amor de las cocottes: olvidarse en cuanto habla más alto la concupiscencia del interés material. En nuestra calidad de palabreros incurables nos agarramos a la letra muerta del Tratado de 1846, que nos garantizaba la soberanía del Istmo, sin consultar su espíritu, el cual había de cambiar con el tiempo. En esa mal cimentada seguridad descansámos, echándonos a dormir sosegados a la sombra del árbol de la que creíamos protectora alianza norteamericana. Descansámos, sí, esto es, no volvimos a hacer nada, no previmos, no nos acautelamos, siendo así que en la política exterior como en la interna, ninguna regla hay mejor que la del Mariscal brasileiro Floriano Peixoto: *Confiar... desconfiando.*

Diez años más de inercia y abandono, y no será de extrañar que la autonomía de Colombia naufrague ante el concepto que hoy se está formando en el mundo acerca de los deberes de la civilización. Ojalá que con la gravedad de estas frases alcance a dar idea de la gravedad de la situación, y que eso nos decida a los sacrificios que nos impone para prepararnos a afrontarla.

En conclusión: si queremos asegurar la independencia nacional y la integridad del territorio que nos queda, necesitamos organizar, después de maduro estudio, un plan general de defensa terrestre y marítima, considerando el ejército y la marina como elementos conjugados, constitutivos de una misma unidad. Fijado el plan para ejecutarlo en un largo período de años, se seguiría llevarlo a cabo continua y cons-

tantemente. Un *Consejo Superior de Defensa Nacional* como el que en otros países existe, presidido por el Ministro de Guerra, garantizaría la perseverancia y la coherencia, y todo se subordinaría a este fin. Habría que formar un fondo propio para la defensa nacional, fondo sagrado e intocable, el seguro de nuestra soberanía, y que se aumentará con los donativos de los patriotas.

3.—El problema militar

Valientes somos los colombianos, y los que actualmente portan la bandera, ciñen la espada y llevan el fusil que les ha dado la República, merecen todo mi respeto. Pero eso no basta para decir que tenemos el ejército que necesitamos. Valientes son los rusos, y sin embargo, la superior disciplina e ilustración de los japoneses les infligieron el más terrible de los castigos, por haberse retrasado apenas un poco en el arte de la guerra. El ejército que corresponde a nuestra población y a las necesidades de la defensa nacional, no debería ser, en un caso externo, inferior a doscientos mil soldados. *Soldados*, digo, no simplemente *hombres*, y esos no los hemos educado ni tendríamos con qué armarlos; apenas si podríamos poner en buen pie de guerra la décima parte, que es como confesar que sólo somos capaces de cubrir un décimo del territorio que ocupamos. En tanto, Suiza, con sólo la mitad de la población colombiana, puede movilizar rápidamente quinientos mil soldados, merced a su admirable sistema de milicias nacionales.

Necesitamos el servicio militar obligatorio, sin remisiones a dinero, porque la defensa de la patria es un estricto deber cívico, no asunto sujeto a precio; rico o pobre, noble o plebeyo, ilustrado o ignorante, todo colombiano, al llegarle su turno, debe ir bajo banderas para que en el momento del peligro sepa tomar y disparar un rifle y rechazar al invasor del suelo donde nació. Esto es lo que hoy hacen todos los países cultos, y nosotros, que estamos a la retaguardia de la civilización, no hemos de tener el arrojo de querer enmendarles la plana a los que van adelante. El reclutamiento forzoso para llenar las plazas del ejército, tal como lo hemos venido practicando, no es sólo una iniquidad y una negación de la República, sino una causa de debilidad y de inferioridad. Por otra parte, de la convivencia sucesiva de todos los colombianos en los cuarteles, sin distinción de clases ni partidos, es de donde puede esperarse la formación de un genuino espíritu nacional, de un genuino concepto de patria y de un genuino sentimiento democrático.

Entre los muchos parágrafos que podría ponerle a este artículo, escojo cuatro como sobresalientes:

a) Instituir, como en Chile, un núcleo de ejército efectivo, compuesto de aquellos veteranos con amor a la carrera, que desearan mantenerse en el servicio, voluntaria y permanentemente. Ese cuadro de jefes, oficiales y soldados experimentados y antiguos, daría en todos los cuerpos el ejemplo de lo que debe ser el verdadero militar: serio, honrado, orgulloso de su uniforme, obediente a sus superiores, defensor de la ley y respetuoso de la autoridad civil y de los derechos de sus conciudadanos;

b) Dividir el territorio en circunscripciones militares, con los jefes, oficiales y clases del ejército permanente, para instruir cada año a los conscriptos dados por el servicio obligatorio en cada sección. Tenemos excelente infantería, pero en artillería y caballería estamos atrasadas: hay que desarrollarlas;

c) Imprimir cierta dirección militar a la instrucción primaria; y

d) Organizar el tiro al blanco en todo el país.

Por fortuna tenemos ya una buena Escuela Militar: no debemos economizar esfuerzos ni dinero para sostenerla y hacerla progresar; pero ella no debe ser como una isla en medio de nuestras instituciones militares, sino que debe estar conectada con todas ellas. Si el hecho de que un jefe u oficial haya salido de la Escuela, lejos de ser motivo de preferencia, lo es de exclusión para ocupar puesto en el Ejército, como hasta ahora ha sucedido, la Escuela es un órgano sin razón de ser.

Ya me parece escuchar de parte de los llamados civilistas este grito de alarma: VAMOS A MILITARIZAR EL PAÍS. La respuesta es sencilla: hay que elegir entre dos términos, la patria en armas o la patria inermes; el civismo humillado y el ardor social estéril, o el ánimo reposado de quien tiene confianza en su propia fuerza. Ya lo dijo Roosevelt: para hablar con los otros tranquilamente de paz y de derechos, no hay nada como apoyarse en un buen garrote (*big stick*) y sentirse con resolución y fuerza de blandirlo, llegado el caso. Y lo prueba que la presencia de la escuadra norteamericana en el Pacífico evitó la guerra con el Japón, y es la mayor garantía de paz entre los dos países.

La libertad es condición necesaria para progresar, y para ser libre es preciso estar dispuesto a repeler la violencia con la violencia, y a contestar a la guerra con la guerra. Está lejana todavía la época en que vastas convenciones internacionales se interpongan entre las grandes y las pequeñas potencias, para nivelarlas ante una suprema concepción de la justicia y del derecho; mientras tanto, los ejércitos, los acorazados, las fortalezas y los cañones seguirán siendo nuestra suprema garantía contra los avances de la expansión universal. Colombia no puede pensar en reducir sus escasos medios de defensa, cuando los otros países no cesan de aumentar sus medios de ataque.

En cuanto la fuerza continúe siendo la razón suprema entre los pueblos, cada uno de ellos debe hacerse fuerte, apto para defender su territorio y vigoroso para no ser absorbido. Ser nación libre es cosa que cuesta, como montar casa aparte, y así como el que constituye hogar o familia debe subvenir a todas las necesidades consiguientes, así el pueblo que se da el lujo de ser soberano, tiene que aprontar los recursos y hacer sacrificios para satisfacer las múltiples y costosas exigencias de la organización económica, política y moral, hoy inseparables de la existencia de una nación.

4.—El problema de la moneda

cuya importancia no requiere otra ponderación que este breve enunciado, positivamente incomprensible para los extranjeros: diez mil pesos de nuestro papel valen cien pesos en oro. Así, los mil millones

que existen en circulación, sólo valen diez millones en oro. Pero eso mismo está diciendo que el problema no es difícil de resolver: para un país de cinco millones de habitantes, una deuda de diez millones, esto es, a dos pesos por cabeza, verdaderamente no constituye una carga pesada; es ahogarse en un vaso de agua considerar la redención del papel como imposible; basta afrontar la cuestión con ánimo resuelto, para liquidarla. Mientras tanto, el mal no está propiamente en la existencia del papel moneda, sino en la limitación del medio circulante; los intercambios nacionales exigen cincuenta millones de moneda, equivalente a oro, y sólo tenemos el igual de diez. ¿Cómo se quiere que en estas circunstancias la riqueza se mueva y aumente?

5.—El problema del crédito

Para exponer el cual basta acordarse de que hay una situación más triste que la de un pueblo perezoso que no quiere trabajar, y es la de un pueblo que queriendo trabajar, no halla en qué ni con qué, viviendo en medio de las ingentes riquezas naturales de un vasto territorio. Sólo cuando acabemos con la usura, con la *usura vorax* condenada hace siglos por la Iglesia, esto es, cuando tengamos dinero barato, crédito hipotecario y rural, cajas económicas y de ahorro, montepíos, etc., empezaremos a tener instrumentos de trabajo.

6.—El problema del sistema tributario

Es un hecho incontrovertible que en Colombia nadie paga lo que debiera pagar de cierta riqueza para arriba, y que todos los demás pagan lo que no debieran pagar de cierta pobreza para abajo. Ahora bien: ¿qué queda de la igualdad sino una sarcástica palabra, donde sólo paga diez el que debiera pagar cincuenta, y donde paga cinco el que sólo debiera pagar uno? Sobre el quintuplo de este y sobre la quinta parte de aquél, es decir, sobre una diferencia veinticinco veces execrable, puede sustentarse una verdadera república? Esto depende del vicio fundamental de las bases sobre que reposa el impuesto, que no se cobra en proporción al *quantum* de seguridad que cada cual recibe. Una investigación del capital y de la renta y una rigurosa revisión de la propiedad raíz rural y urbana en todo el país, permitirían levantar el sistema sobre principios diferentes de las contribuciones indirectas y de los monopolios, y dar al impuesto una incidencia equitativa, de modo de no afectar por igual a la opulencia y a la miseria, o más a ésta que aquélla.

Nuestro régimen fiscal, heredado en su mayor parte de la Colonia, no corresponde ya a la realidad de las cosas. Un sistema de impuestos, para ser justo, debe llenar dos condiciones: exonerar en su base un *minimum* de renta, teniendo en cuenta las cargas de la familia del proletario; y enmendar por medio de un impuesto de compensación progresiva, la especie de progresión al revés que resulta de las contribuciones indirectas. Es decir, que el sistema tributario debe ser un instrumento fiscal que permita hacer proporcionales las cargas. De lo con-

trario, nuestra sociedad, lejos de tender a nivelarse en lo económico, verá cada día aparecer diferencias y jerarquías nuevas, precursoras de hundimientos y levantamientos brutales, como los que ocasiona, en lo geológico, la extremada diferencia entre las altas moles y los bajos profundos del planeta.

7.—El problema del analfabetismo

acerca del cual, por ser el más grave, me extenderé algún tanto. Hablar de soberanía popular en un país de ignorantes es pura música celestial. La ignorancia opone un obstáculo invencible al desarrollo de las virtudes cívicas. ¿Qué se puede depositarse en una opinión pública desorientada y corroída de todos los vicios y defectos inherentes a la más absoluta ausencia de educación cívica que pueda imaginarse? Sólo el que nunca trató con peones y soldados y demás gente iletrada, deja de saber la inconsciencia que los aflige y que causa tedio al menos patriota. Lo que en todo y para todo nos hace falta es la materia prima de la República, que no es otra que la educación del pueblo, de la cual apenas tenemos rudimentos. Mientras dure la falta de cooperación moral colectiva y especialmente el ausentismo de las clases acaudaladas y dirigentes, de las opiniones medias y jerárquicas, de las tendencias genuinamente conservadoras de la sociedad, y de los intereses económicos, que son el contrapeso moderador y como el volante de la máquina política, el vacío se llenará con elementos demagógicos, que traen consigo fatalmente a los caudillos. Con una opinión pública apática, que nos encuentra unas veces tristes y resignados y otras rebeldes y convulsos, y con una acción cívica discontinua, espasmódica y mal orientada, que no sabe colocar por sobre todo los intereses vitales del país, no puede haber buen gobierno ni puede haber libertad.

Nadie duda de que el progreso político consiste en controlar más y más los pueblos la obra de los gobiernos, y en retener aquéllos dentro de sus propias manos una suma cada vez mayor de las libertades y derechos definidos y garantizados por las Constituciones. Pero ese avance de los pueblos a expensas de los gobiernos, o sea disminuyendo las atribuciones de éstos en la misma medida en que aumentan las suyas, requiere un progresivo adelanto en la capacidad de manejarse a sí mismos, a la manera que los padres deben ir entregando a los hijos la administración de los bienes, en la proporción en que crezca la experiencia que, bajo la dirección de los mismos padres, vayan adquiriendo para desempeñarse en esa ardua labor. Todo lo cual se resume en una sola palabra: educación.

En el pedestal de la estatua de Samuel J. Tilden, en Nueva York, leí esta línea: I STILL TRUST THE PEOPLE: *todavía tengo confianza en el pueblo*. Creo que también debemos tener confianza en la inteligencia y en la buena índole del pueblo colombiano; pero confesemos con intensa pena que no podemos decir otro tanto de sus aptitudes gobernantes, es decir, del acierto de sus orientaciones como opinión pública ilustrada y consciente. De la voz de un pueblo que no lee, rara vez podrá confiarse que sea la voz de Dios; no estando informado, ¿cómo puede ser recto su juicio? Nada nuevo expreso si establezco que durante la

Colonia, España no supo ni quiso prepararnos para el ejercicio de la libertad, y que la manera como hemos practicado la República no ha sido la más apropiada para comunicar al pueblo la aptitud para manejar sus propios destinos. Nuestro sufragio universal es poco menos que el de la universal incompetencia; sobre cada mil votantes, habrá 200 que sepan leer y escribir; los otros 800 son analfabetas; es decir, una mayoría del cuádruplo de éstos sobre los posiblemente bien informados. ¿Esta enorme proporción de los iletrados sobre los letrados puede ser garantía de verdad y de razón en el sufragio, única manera positiva descubierta hasta ahora para que el pueblo se haga cargo de su suerte?

Un pueblo ilustrado es naturalmente feliz: testigos, Suiza, Holanda, Dinamarca, Suecia e Inglaterra. Al contrario, las desgracias del pueblo ruso más provienen de su semibarbarie que de la autocracia; si ahora mismo el Zar grande fuese sustituido por los pequeños zares de la política local, la suerte de Rusia sería peor que la presente. No basta eliminar a los Reyes, con mayúscula, si se deja subsistir el enjambre de reyezuelos, que pululan por todo el país y que han venido alzándose con el santo y la limosna por no habérselo levantado antes al pueblo el nivel intelectual y moral y prepararlo para cumplir los deberes de la ciudadanía. Visitieron la toga viril a un menor de edad y lo agobió; sabiendo que quien está acostumbrado a la obediencia necesita larga práctica para aprender a mandar, nunca se han confiado los Ejércitos a sargentos sino a Generales, que han obtenido el grado por escuela rigurosa de ascensos; pero por espíritu libertario y con total ausencia de sentido político, se hizo pasar sin transición al pueblo, de súbdito o vasallo en la Colonia, a rey en la República, y fuéronos adelantados del desastre. Era una insania esperar cumplimiento de deberes por parte de quienes ni siquiera llegaban a comprenderlos, porque como muy bien lo dijo Guizot, *il est plus difficile de connaître son devoir que de l'accomplir.*

Remedio contra todo esto, sólo conozco uno: educación, educación del carácter, sobre todo. Nuestra crisis es esencialmente moral, y no desaparecerá sino reeducando a las generaciones actuales y dando a las nuevas una educación nueva, porque la civilización no se mide tanto por el perfeccionamiento material como por la elevación moral.

Las líneas sumarias de este cuadro no encierran ninguna intención malévola o pesimista; son sólo un resumen de hechos fáciles de verificar por quienquiera, desde todo punto de vista. Todo esto es duro de decir, y aún más duro de oír, pero tiene el valor de ser la expresión de la verdad en su innegable plenitud, tal como yo la concibo; y si los colombianos se enojan por la ruda franqueza con que la expongo, será porque todavía el largo padecer no los ha escarmentado lo bastante ni les ha abierto los ojos; mas yo creo que el amor a la patria se demuestra confesando más bien que ocultando las deficiencias que la afean y que requieren remedio.

Sobran demagogos que, por su propio interés y personal avance, adulen al pueblo; pero no somos muchos los que, no esperando nada de él, salvo su aprecio, le hablamos el lenguaje austero de su positiva

conveniencia. Válgame además aquella excusa de Víctor Hugo en la *Leyenda de los Siglos*:

... *mais il est permis, même au plus faible,
d'avoir une bonne intention et de la dire,*

(aun al más débil le es lícito tener una buena intención y declararla).

No hay mayor virtud que la sinceridad, ni tampoco una más rara en Colombia.

Ansío verle una estatura de país más civilizado a esta tierra donde reposan los huesos de hombres como Santander y Mosquera, que cualquiera nación, aun de las más poderosas y opulentas, se enorgullecería de llamar hijos suyos.

Pero querer un régimen moderno con almas cristalizadas en una barbarie secular, es peor que una utopía, una monstruosidad. Proclamar democracia y libertad, y mantener condiciones sociales de la época colonial y absolutista, es más que insensato, funesto, pues siendo *democracia* el gobierno del pueblo (*demos*, gobierno, *crates*, pueblo), mal puede haber democracia sin pueblo, y no hay pueblo si es ignorante. Ochenta años hemos gastado llevando en los labios esos nombres de libertad y democracia sin que su reinado haya venido. ¿Por qué? Porque es imposible conciliar términos antagónicos como democracia y libertad de un lado, e ignorancia del otro. Es edificar sobre arena: al menor soplo del viento, todo se derrumba. El progreso no se consigue con invocaciones estériles: para progresar se necesita instruirse, educar al pueblo para la libertad, para el deber, para la ciencia, para la moral, para el arte. Como dice Haeckel, "la ignorancia sólo es fecunda para el mal, y es la más radical de las debilidades, porque entrega al hombre a todo de pies y manos a los choques de la vida y a los rigores de la naturaleza, amaña o inmoviliza a los más débiles, los rodea de engaños, los fatiga de errores y condena de antemano al fracaso todo esfuerzo."

En la economía social del siglo, decir país de analfabetas y decir país de miseria, es una cosa misma. Hoy se reconoce que el mejor instrumento de prosperidad económica es la cultura intelectual; para demostrarlo, allí está la historia contemporánea de Alemania, del Japón y de otros pueblos. Las naciones más cultas son las más ricas, porque hay una relación directa entre la difusión de la enseñanza y el progreso social: éste es efecto inmediato de aquélla.

La cabaña rústica de algunos de nuestros labriegos suele levantarse sobre el venero de una mina, sin sospecharlo; así, la República deja dormir el tesoro de sus riquezas escondidas, por ignorancia y por desidia, más bien que por la falta de capital. La principal causa de nuestra inferioridad como raza—pero causa curable—es la ignorancia, la falta de preparación para el progreso. El remedio se indica por sí mismo: si queremos salvarnos, necesitamos imprescindiblemente atender a la instrucción popular. Progresar con celeridad, para recuperar el tiempo perdido, es la ley de la hora presente.

Ver la belleza y pasar al lado de ella sin comprenderla y sin contemplarla; moverse en medio de todas las hermosuras de la naturaleza y del arte, su imitadora, y no gozarlas, es entre las cosas tristes la que inspira más lástima, porque es cercenarle a la vida su más

abundosa fuente de goces intensos y puros. ¿En qué se diferencian de los animales los hombres que así cruzan por el mundo? Compadezcámoslos, porque carecen de lo mejor de la existencia, porque no sienten la alegría de vivir, y procuremos abrirles los ojos para que aprendan a apreciar la línea, el color, la luz, el sonido, la armonía. La ignorancia es una cárcel oscura: rasguémosle claraboyas por donde los prisioneros puedan contemplar nubes de cielo azul; démosle entrada a la luz y renovemos el aire; con ellos vendrá la salud y la alegría.

A las escuelas primarias y superiores de Alemania concurre un 14 por 100 de la población, por término medio. Reduciéndolo a un 10 por 100, resultaría que en un Municipio colombiano de 3,000 habitantes deberían asistir 300 alumnos a las escuelas; es decir, que calculando a 50 alumnos por escuela y por maestro, debería haber seis locales y seis profesores distintos. Comparando estos números con los actuales, es como mejor se revela el estado de negligencia y atraso de nuestra instrucción pública. Pocos son los Municipios de 3,000 habitantes que tengan dos escuelas, una de varones y otra de niñas, con asistencia de 25 alumnos, si mucho; los otros 250 que se encuentran en estado de recibir educación, quedan por siempre analfabetas. Si los cinco millones de habitantes que se le atribuyen a Colombia estuvieran uniformemente distribuidos en Municipios de 3,000, serían 1,666; multiplicado ese número por el de 250 niños que se quedan sin educación, serían 416,500 colombianos destinados a la ignorancia supina en cada quinquenio, como término máximo de renovación del personal de las escuelas. 416,500 analfabetas por década! Dicho esto, no hay para qué averiguar dónde radica la causa de nuestros males.

La cuestión no está en declarar obligatoria la instrucción primaria, como algunos piensan. ¿Qué se haría con los 300 niños del cálculo citado, que en cada Municipio de 3,000 habitantes se presentarían a recibir enseñanza en virtud de la compulsa legal? ¿Dónde están los locales adecuados, listos para recibirlos; dónde los maestros idóneos para enseñarlos, dónde los libros, el mobiliario y los útiles indispensables, y dónde el dinero para pagar todo eso? La instrucción obligatoria implica un compromiso que los Municipios, los Departamentos y la Nación no están actualmente en capacidad de cumplir.

Se calcula que cada alumno alemán que asiste a las escuelas de toda clase cuesta al país doce pesos en oro anuales. Redúzcase esta suma a la mitad, y se tendrá que ningún Municipio colombiano, debería invertir menos de seis pesos en oro anuales por alumno, y reconozcamos que será mucho decir si actualmente gasta cincuenta centavos en oro, o sea la duodécima parte de lo que debiera y la vigésima cuarta parte de lo que se invierte en Alemania.

Por fortuna desempeña hoy la Cartera de Instrucción Pública un joven competente, patriota, culto y laborioso, que está alejando de su Ministerio a la política sectaria, y que sabrá y querrá variar la situación que he pintado con números, hasta ponerla, ya que no a la altura de su ilustrada voluntad, sí a la de una buena inversión de los recursos del Estado. Todos confiamos en que él hará cuanto esté a su alcance para disipar esta espesa tiniebla que nos envuelve y nos ahoga.

La extirpación rápida, sistemática y enérgica del analfabetismo, que es una vergüenza nacional en pleno siglo XX, debe emprenderse como una cruzada, LA ÚNICA CRUZADA QUE COLOMBIA NECESITA; y si es que a todo trance quiere emplearse el arma de la enseñanza compulsoria, que sea para ambos sexos, pues no sé qué privilegio pueda tener la mujer para reducirse a la categoría de animal social. Mas para que la instrucción primaria obligatoria sea un hecho, y un hecho benéfico, se requiere aplicar un procedimiento combinado de multas, auxilios y estímulos, formar un profesorado debidamente retribuido, construir escuelas higiénicas y dotarlas con adecuados elementos de enseñanza. En suma: buenos maestros, buenos edificios, buen material y buen sistema. De no alcanzar para tanto, podría, por lo pronto, apelarse al recurso de las *escuelas móviles*, que tan buen éxito han tenido en varios países.

Ya el cristianismo elevó a obra de misericordia "enseñar al que no sabe." Pasemos más adelante y constituyámosla en deber. El colombiano es generoso; está siempre listo con su dinero y con sus bienes para obras de caridad, pero hay algo más que hacer: al tiempo mismo que aliviar las miserias materiales de nuestros conciudadanos y de distribuirles el pan del cuerpo, atendamos a sus miserias morales y repartámosles el pan del espíritu. Tenemos una riqueza mejor que la pecuniaria, y es la intelectual; que todo el que sepa alguna cosa se la enseñe al que la ignore; reservársela me parece el colmo del egoísmo. Sin duda dijo mal Proudhon cuando proclamó que la propiedad es en todo caso un robo; pero mucho se asemeja a una detención fraudulenta la del que teniendo un conocimiento no le transmite a los demás; el mejor uso que podemos hacer de lo que aprendemos es enseñarlo.

El aspecto moral de la cuestión es éste: difundir la instrucción es un deber ineludible, deber de honor y de probidad, para todos los que, perteneciendo a las clases dirigentes, son responsables de la suerte de estas sociedades. Es necesario que esas altas clases sociales procuren saber en qué estado se halla la masa general de la población, elemento esencial de la nacionalidad, y que intervengan eficazmente para traer esa masa al nivel de la civilización actual, a la altura del siglo, ya que la ignorancia si es igualitaria, pero en lo bajo de la escala, porque anula las tendencias superiores. Hay que transformar en gentes útiles y en instrumentos aprovechables de progreso ese ochenta por ciento de la población ignorante, que más es rémora que factor de impulso, pues si un analfabeta en el seno de la población apta, ya constituye un mal porque es un *valor muerto* que pesa sobre los demás, calcúlese a dónde llegará ese mal cuando es la mayoría de la población la compuesta de individuos sin congruente preparación para el trabajo.

Para que desaparezca todo temor de trastornos en Colombia, es preciso que las clases dirigentes intenten un esfuerzo sobre sí mismas, venzan la influencia del pasado de luchas que en ellas perdura y adopten un programa opuesto al que, consciente o inconscientemente, han venido desarrollando hasta hoy. Se requiere que se preocupen más, ya que no únicamente, de las necesidades efectivas de la sociedad, retirando proporcionalmente la atención de las querellas personales y de círculo. Pero si se cree imposible acabar con esas luchas, a lo menos tran-

fórmeselas, procurando convertir los conflictos, de agresivos en pacíficos, de choques violentos en meros debates de opiniones. Esa transformación sólo puede conseguirse creando nuevos campos de actividad, campos neutrales y pacíficos que ofrezcan deritativos útiles donde se desahoguen los espíritus ardientes, ansiosos de hacer la propaganda de sus respectivos ideales y donde se ejercite el ímpetu combativo natural a nuestra raza; pero a su turno, esto sólo se logrará difundiendo la instrucción, último término del análisis y remedio único de nuestros males. Formar un medio intelectual más amplio y elevado, esto es, levantar el nivel mental y moral de la multitud, es el modo de impedir que se vaya ciegamente detrás de los ambiciosos que la convidan al asalto del poder, seduciéndola con fantásticas promesas de ventura. Mientras no se instruya al pueblo, serán siempre posibles las alteraciones del orden, y la paz y el progreso estarán corriendo riesgos imprevistos.

El ideal nuevo es este: organizar la democracia, haciendo de ella una realidad y no una palabra, y para eso, abrir a todos el acceso a la vida espiritual, llevar a todos a la conciencia, y hallar una forma de civilización en que todos colaboren y de que todos participen. Allí está el específico contra nuestro atraso y nuestra miseria, y los que tengan el corazón bien puesto no podrán negarse a esa obra de redención social.

8.—El problema universitario,

que comprende la reforma de la instrucción secundaria, normal y profesional, para imprimirle sentido más práctico. En mi estudio sobre la autonomía de la Universidad Nacional expuse extensamente este punto de vista. Difundir la enseñanza industrial y profesional, de acuerdo con las circunstancias locales, y reformar la universitaria para quitarle el carácter exageradamente teórico y abstracto que hoy la distingue, hende a convertir en hombres de acción, factores de la riqueza agrícola, minera, fabril y comercial, este es, en una legión de fuerzas sociales útiles para la lucha por la vida, lo que en buena parte ha sido hasta ahora un proletariado intelectual, compuesto de burócratas, aspirantes a empleos, politiqueros de oficio y literatizantes más o menos desocupados.

Hay que multiplicar también las escuelas nocturnas y cultivar atentamente el sentimiento artístico en escuelas de pintura, escultura, arquitectura, música, artes decorativas, etc.

En este punto de vista, uno de los problemas más urgentes es el del aprendizaje. La gran mayoría de nuestros empleados de la agricultura, de la industria y del comercio, así como de las otras profesiones, no reciben apropiada educación técnica, sino que se forman al azar. Hay que educar la mano de obra indispensable al país. Hay que establecer escuelas de artes y oficios por todas partes, para que acojan a los futuros obreros. Hay que crear, en fin, una enseñanza más práctica y más en relación con las necesidades de los tiempos nuevos.

9.—El problema higiénico

A primera vista puede parecer una paradoja, pero es una seria

verdad la de que en el trópico se necesita una mayor cantidad de virtudes y de buenas costumbres que la que se exige en las zonas templadas para que los pueblos vivan y progresen. Allá la variedad de estaciones sirve por sí sola para restaurar las fuerzas humanas, y además, en todo tiempo sus climas son menos agotadores. Esta perpetua primavera cuya posición tanto nos lisonjea, acaba por ser el perpetuo enervamiento. La media de la duración de la vida es mayor allá que acá, y la cantidad de labor que a igual desgaste y fatiga suministra allá un trabajador intelectual o un obrero del esfuerzo físico, no tiene punto de comparación con la que rinde el hombre tropical. Puede también un alemán beber cerveza, un inglés ron, un norteamericano whiskey, vodka un ruso, y vino un francés, un español o un italiano, que eso ni les perturba la digestión ni les impide el funcionamiento normal del cerebro, debido en parte a selección de raza, pero también a la influencia del medio. La reparación de las fuerzas por cualquier esfuerzo físico o mental, es allá más rápida que en los trópicos, por las mismas causas y por una alimentación más rica. Por consiguiente, aquí necesitamos ser más temperantes, más frugales, más castos y de costumbres más metódicas; debemos acostarnos más temprano para regularizar nuestro sueño y poder dedicar un vigoroso esfuerzo a la labor de las primeras cinco o seis horas del día, en que podemos contar con brío y frescura (hablo principalmente de las tierras templadas y cálidas), pues lo que en la mañana no hagamos, podemos estar seguros de no hacerlo en todo el resto del día, en las horas pesadas de la digestión y del bochorno. Por consiguiente, es gran cosa el arte de madrugar, y debemos cultivarlo asiduamente.

Varias de las repúblicas hispanoamericanas están haciendo, por primera vez en la historia del mundo, el ensayo de fundar civilizaciones en el trópico. Es muy posible el mal éxito; hasta ahora hay más indicios de fiasco que de fortuna. Para mí tengo que el evento depende más de la cantidad de virtud que de tino que en la empresa se ponga; porque, en último análisis, la condición cardinal del resultado favorable consiste en un hecho puramente material: que la población se multiplique con calidades de robustez. Todo lo demás: instrucción, ferrocarriles, progreso, vendrá por añadidura. Para dominar la homicida naturaleza tropical necesitamos muchos hombres y hombres muy fuertes. Ahora bien: si seguimos matando esos hombres en las guerras civiles, el ensayo civilizador tiene que naufragar tristemente. ¿Cómo podemos vencer en la lucha contra los elementos agresores, si las armas que debiéramos esgrimir contra ellos las volvemos contra los compañeros? Luego lo primero es existir, que haya más gente y menos desiertos. Lo segundo es que los hombres no sean de raza débil o degenerada; porque si viven sujetos a enfermedades, padecen hambres y tienen prole limitada o enclenque, y la que crece no sabemos educarla convenientemente para la clase de brega que debe sostener, entonces el esfuerzo civilizador acaba por ahogarse entre el monte: lo envuelven los bejucos y se lo comen los tigres o lo matan las culebras.

Primero que gastar en el fomento de la inmigración extranjera está, pues, conservar la población nacional, impidiendo su irregular o prematura disminución, por causas que pueden suprimirse; velar por su ro-

bustez y salud, para que rinda la mayor cantidad de trabajo posible; y evitar que el fruto de éste se derroche en vicios, en lugar de capitalizarlo por la previsión. Traducido en otros términos: saneamiento general del país por la lucha sin tregua contra el cólera y la peste bubónica, que todavía no se han presentado, pero cuya visita hay que evitar a todo trance; contra la fiebre amarilla, el paludismo, la tuberculosis, la sífilis, la lepra, la viruela, el tifus, la disentería, la difteria, la tos ferina, el tracoma, la tiña, el sarampión y las otras fiebres eruptivas, la gripe, la rabia y demás enfermedades epidémicas o contagiosas que diezman la población; y guerra sin cuartel al juego, al abuso del tabaco y al alcoholismo.

Al pronunciar esta última palabra, soy incapaz de seguir adelante sin dedicar una página a los borrachos de mi patria. Son mi único odio serio; jamás he podido tolerar su necedad o su insolencia; el tufo hediondo de su aliento me persigue hasta en sueños; han sido la pesadilla de toda mi vida; justo sería que aprovechase esta ocasión para desquitarme; sin embargo, no me guía el resentimiento personal sino el interés público.

El alcoholismo es el cáncer social que nos devora y que está haciendo degenerar con vertiginosa rapidez la raza, no tan sólo en sus calidades físicas como en las mentales y morales. En medio de climas salubérrimos, de aire puro y aguas magníficas, causa sorpresa y pavor tropezar a cada paso con innumerables físicos, anárquicos, epilépticos y desequilibrados, míseros descendientes de varias generaciones de chicos. Si tuviéramos estadística, ella nos revelaría que el ochenta por ciento de los crímenes de homicidio, de heridas y de agresiones personales procede de la malevolencia incitada por la embriaguez, y que la gran mayoría de los locos y enfermos que pueblan los asilos y hospitales o que andan sueltos por la sociedad, se compone de borrachos o hijos de borrachos, en quienes el alcohol pervirtió la acción procreadora. Envenenado hasta la médula el organismo con el alcohol y sus inseparables compañeras la sífilis y la tuberculosis, mal han podido engendrar otra cosa que esa legión de criaturas enclenques, llagasas, de piernas torcidas, barrigas enormes y facciones asimétricas, verdaderos abortos cuya sola vista inspira dolor e indignación, y a los cuales la muerte, más piadosa que quienes en mala hora los llamaron a la vida, les hace la limosna de llevárselos en un porcentaje aterrador, pues la misma estadística revelaría que la mortalidad infantil pasa del sesenta por ciento de los nacimientos.

Es que no hay feria, ni romería, ni fiesta alguna pública o particular, que en Colombia se celebre sin apurar grandes copas de licor. El hijo del pueblo, y quizá más aún el de las clases elevadas, no sabe hacer un negocio, estar satisfecho, sentirse contento o solemnizar un suceso cualquiera sin convidarse a beber. De toda ocasión dice que es *mano de trago*. Le nace un hijo, bebe; se le muere, bebe; cumple años, bebe; se casa, bebe; enviuda, bebe; ganó, bebe; perdió, bebe; se encuentra con un amigo, bebe; se reconcilia con un enemigo, bebe; está triste, bebe: es *para ahogar su pena*; en ayunas, bebe: es *para matar el gusano*; antes de almuerzo, bebe: es *para abrir el apetito*; después, bebe: es *para ayudar a la digestión*; al acostarse, bebe: es

el gorro de dormir; si se va, bebe; es el del estribo; en los malos pasos del camino, bebe: es el regatón para componerlos; con frío, bebe: es para entrar en calor; con calor, bebe: es para provocar la transpiración; con miedo, bebe para animarse; si es valiente, bebe para doblar el arrojio; talentoso, bebe para espolear el ingenio; torpe, bebe para alumbrarse; derrotado, bebe para consolarse; vencedor, bebe para festejar el triunfo; para dar la bienvenida, bebe; para despedirse, bebe; con hambre, bebe: es para entretenerla; lleno, por lo mismo; si es pobre, bebe; ¿qué otra cosa ha de hacer? si es rico, bebe: para eso trabaja y tiene con qué; domingo, bebe: para santificar la fiesta, entre semana y trabajando, bebe: no se opone; ocioso bebe: es para matar el tiempo.

Nada se sabe hacer con la cabeza fría; el alcohol le es compañero inseparable; vive para beber, creyendo beber para vivir, e ignorando que con ello se mata; y bebe sin método, sin cuenta ni razón, sin criterio, ni sensibilidad de paladar; todo le sirve, desde el más nocivo brandy o aguardiente, que le quema las entrañas, le cuece la sangre y le atrofia el cerebro, hasta la más nauseabunda zurrapa de chicha o de guarapo.

En cada calle del poblado o legua de camino existen dos o tres tabernas, y nunca supe de una de esas oficinas de expendio de veneno, enemigas de la salud del pueblo, y de la paz y abundancia de los hogares, que quebrase o se cerrase por falta de clientela; todas venden, y sus dueños se enriquecen en poco tiempo. Ser rematador de la Renta de Licores o desillador con patente, es, hace muchos años, el mejor, si no el único negocio bueno en Colombia.

El pueblo tira en cantinas y chicherías el pan corporal y el espiritual de los niños, pues lo que no le alcanza para alimentarlos y vestirlos bien y mandarlos a la escuela, sí le sobra para embriagarse; y así, en vez de progresar, retrograda y reacciona contra todo lo que sea civilización, disciplina moral y humanitarismo. La descerebrización nacional es un fenómeno perceptible para todo el que ha podido observarlo de veinte años a esta parte.

Un grito, un largo grito, un estridente grito debe resonar de un extremo a otro del país, para detenerlo en su marcha hacia el abismo. Ese grito es este: *Más escuelas y menos tabernas!*

Decrétese la limitación de éstas por medio de un elevado derecho de licencia; no haya libertad para abrirlas o establecerlas, sin previo permiso de la autoridad; no se tolere su existencia cerca de los planteles de educación y de los templos; y restrínjase su número siquiera a una por cada mil habitantes, pues con los estancos y estanquillos, chicherías y ventas de guarapo, la proporción es hoy de una taberna por cada doscientos habitantes, o sea algo como 25,000 ventas de licores en todo el país. Reaiga sobre los bebedores alcohólicos un pesado tributo: foméntense amplia y generosamente las sociedades de temperancia; promuévase el consumo de café; como mínima de males, protéjase la multiplicación de las fábricas de buena cerveza, sidra y otras bebidas suaves; ciérrese, si es posible, con impuestos aduaneros prohibitivos la entrada del brandy, del whiskey y demás licores extranjeros, dése espacio en los programas de enseñanza primaria y secundaria a

la propaganda antialcohólica; impídase la entrada de menores a las tabernas; castíguese la embriaguez pública con fuertes multas y con la diaria publicación de los nombres de quienes en ella incurran; depóngase inexorablemente a todo empleado ebrio, sea de la categoría que fuere; y establézcase jurídicamente, como lo ha hecho nuestro Código Penal, que la embriaguez voluntaria, lejos de ser un atenuante, es un agravante en materia criminal, porque quien quiere la causa quiere lo causado, y quien es dueño de embriagarse o no embriagarse, y sabe que haciéndolo pierde el seso, y no lo evita, es responsable de las consecuencias.

Me argüirán que muchas de estas medidas menoscaban la santa libertad de industria, pero replicaré que ante la educación de un pueblo y la salvación de una raza, deben ceder todas las libertades que a ello se opongan, si es que hay una libertad de envenenar y corromper al prójimo. La verdadera libertad hoy día para Colombia es llegar a ser fuerte, y para ir allá es preciso pasar por sobre todo lo que se oponga, si de ese paso resulta un beneficio de reconocida utilidad para el mayor número. El poema platónico del liberalismo de la escuela del 48, con su *dejad hacer, dejad pasar*, lo rasgué hace mucho tiempo por considerarlo inaplicable o dañino en un país como el nuestro, donde el atraso de las clases inferiores y la inercia de las superiores no permiten la ejecución práctica de esas bellezas teóricas.

Por el sistema de monopolio, consumían mensualmente los antiguos Departamentos las siguientes cantidades de licores nacionales y extranjeros:

Bolívar	110,000	botellas (de 750 gramos cada una).
Antioquia	100,000	"
Cundinamarca	90,000	"
Cauca	80,000	"
Tolima	70,000	"
Santander	65,000	"
Nariño	40,000	"
Magdalena	50,000	"
Boyacá	20,000	"

Total..... 605,000 botellas que computadas una con otra (aguardiente, brandy, ron, etc.) a \$ 80 papel moneda cada una, importaban un desembolso mensual de \$ 4.840,000, o sea \$ 58.080,000 por año, sin contar el valor del contrabando y sin estimar los jornales perdidos en los días quitados al trabajo por las juergas, ni el costo de las enfermedades directamente determinadas por el alcoholismo. No computo tampoco el valor de la chicha y el guarapo, cosa tan difícil como medir el volumen de aguas que en invierno cae por el Tequendama.

Con el sistema de patentes, la botella sólo vale hoy a \$ 50, pero en cambio el consumo se ha más que doblado, de suerte que para el pueblo el desembolso pecuniario es el mismo y el daño higiénico y moral mucho mayor.

1.210,000 botellas mensuales; 14.520,000 al año; casi tres botellas por habitante.

Y esto seguirá siendo así mientras se mantenga este absurdo y suicida punto de vista del interés del Fisco: que los colombianos beban mucho para que la renta de licores produzca lo más posible; es la propaganda oficial de la ebriedad. Nuestros estadistas se muestran orgullosos cuando presentan cada año partidas más grandes del presupuesto, correspondientes a un progresivo aumento del alcoholismo, cuando precisamente debieran cifrar su gloria en lo contrario: entradas cada vez más bajas en relación con una disminución creciente del consumo de licores.

En cuanto al de tabaco, carezco de toda base estadística para calcularlo. Sería preciso conocer la producción nacional y la exportación al Extranjero, para deducir lo que aquí se fuma, agregando la importación de cigarros, cigarrillos y picadura.

Lo que sé es que más de la mitad de la población colombiana (hombres, mujeres, muchachos, sacerdotes, pobres, ricos) es fumadora, y fumadora rabiosa. Los que detestamos de ese vicio somos muy pocos. Ahora bien: tres millones de fumadores, a sólo dos centavos oro diarios, uno con otro, convierten en humo y ceniza \$ 6,000 en oro al día, \$ 180,000 al mes, \$ 2.160,000 al año. Si exportáramos todo el tabaco que nos fumamos, mejoraríamos nuestra balanza del comercio y aumentaríamos rápidamente la riqueza nacional. Pasaría a convenir en que sólo consumiéramos tabaco del país; pero importarlo, es decir, enviar al Extranjero gruesas sumas para alimentar un vicio y enriquecer a los otros, empobreciéndonos aquí más de lo que estamos, es lo que me parece incalificable.

Dejo sin estudiar la acción tóxica del tabaco sobre el organismo humano y su desastroso influjo sobre la educación, para concluir que carece de derecho para quejarse de los impuestos pesados—que en realidad son muy distribuidos—que paga al Gobierno un pueblo que les paga a dos vicios una contribución equivalente al total de los Presupuestos nacionales. De éstos no pueden disminuirse, pero de aquéllos sí, por un acto solo de la voluntad individual. Ni sé con qué autoridad se pronuncian contra los tiranos públicos los que se muestran incapaces de echar abajo a los tiranos íntimos, a los que cada cual lleva consigo en las bajas inclinaciones y en los vicios. Comience por mandar en sí mismo el que no quiera que lo manden los demás; y aprenda primero a vencerse el que pretenda vencer a los otros. Aun no hablando sino desde el punto de vista del interés, la raza más temible, la más segura de vivir, de prevalecer y de dominar es la que sea más sobria, la que imponga una disciplina más severa a sus vicios, la que muestre todo lo que puede una fuerte voluntad nacional; aquella, en suma, que practique los preceptos de la gran moral: imperio sobre sí mismo, espíritu de sacrificio, orden y medida en todo.

10.—El problema del sufragio

De todas las libertades que hay que salvar en Colombia la más preciosa es la libertad del voto, salvaguardia de la libertad de la nación. Es preciso perfeccionar el mecanismo del sufragio, introduciendo en él un grado cada vez más alto de justicia política y exactitud aritmética.

Por fortuna tenemos ya adelantado un paso con la representación de las minorías por el sistema del voto incompleto, pero como es muy imperfecto y se presta a manipulaciones fraudulentas, se necesita algo más acabado, y es la representación proporcional. Más tarde quizá iremos a la representación de los grupos y de las profesiones, y así tendremos, no simplemente diputados liberales o conservadores, o diputados por tal o cual Sección, sino el diputado de la agricultura, el diputado del comercio, el diputado de la minería, el diputado de los industriales y obreros, el diputado de las Universidades, etc., o bien, se combinaría la representación política con la seccional y la profesional.

Hay que cambiar el interés y, por consiguiente, el espíritu prevaleciente en los debates electorales, ennobleciendo el poder del sufragante para que vaya a los comicios populares impulsado, no por una predilección personal, sino por una convicción política o por un interés de gremio; hay que levantar el papel del elegido para que sea mandatario de ideas y no sólo de pasiones sectarias; y hay que suprimir, o siquiera esforzarse por reducir los bajos medios de fraude, corrupción y coacción oficial o patronal.

11.—El problema de los partidos políticos

Para realizar lo que precede, es menester procurar que los partidos se organicen fuertemente, lealmente, por grandes masas homogéneas, con su programa propio de política general, y el particular o concreto sobre fines inmediatos de administración en cada período, dejando abierto el camino para las transacciones decorosas y útiles, pero proscribiendo las hibridaciones y los contubernios, que demoralizan las colectividades y les hacen perder la noción de su responsabilidad. Por ahora no se ve la necesidad de crear partidos intermedios; las aspiraciones del país pueden satisfacerlas los actuales, siempre que cambien de orientación y de conducta.

Es inútil discutir si los partidos son un bien o un mal; basta con que sean un hecho, al cual debemos acomodarnos, plázcenos o no. Lo que hay que hacer es reconocerles existencia legal, y proveer a su funcionamiento normal como órganos de propulsión. Creo también que conviene ponerse en guardia contra las divisiones; juzgo que hacen obra benéfica los que laboran por la organización autonómica y por la disciplina de los partidos naturales y tradicionales. Esto que otros países, corroídos por las facciones, ambicionan poseer, dos partidos fuertes que se alternen en el Gobierno, nosotros los tenemos y no comprendo los esfuerzos que se hacen por destruirlo. En Francia, España, Chile y otros países, donde existe la multiplicidad y aun el fraccionamiento de los partidos, muchos de ellos con nombres de caudillos, ya no con los derivados de las ideas, los buenos políticos suspiran por la fusión en dos o tres, como elementos de orden, regularidad y estabilidad, a la manera de Inglaterra y Estados Unidos.

De los bandos portugueses, poco antes de caer la monarquía, dijo un viajero francés: "Los partidos ya no son más que camarillas, cuyos jefes luchan unos contra otros, con una completa ausencia de escrúpulos y un perfecto olvido del interés público. Todo es apariencia y en-

gaño. En ese ambiente rarefacto no flota ninguna idea de gobierno, o si alguna sobrenada, pronto aborta o se desnaturaliza." ¿Se quiere que una pintura semejante pueda llegar a sernos aplicable? Aquí tenemos la ventaja inapreciable de poseer dos vastas colectividades, y sin embargo se trabaja por descomponerlas, para convertir las en caricaturas de partidos. Forjarse ilusiones sobre esta materia, o hacer que el pueblo se las forje, no es, por cierto, el medio mejor de poner en la vida pública colombiana la claridad necesaria para educar el espíritu nacional.

Entiendo que el Gobierno debe ser una adición de fuerzas políticas, no una sustracción. Cada una de ellas debe estar en su puesto y clasificarse de modo de economizar conflictos con sus análogas; las leyes deben procurar, y el Gobierno debe dedicarse a reducir a su minimum el desperdicio de esas fuerzas. Lo que se ha hecho hasta ahora ha sido todo lo contrario: los intereses han ido al ataque o se han puesto a la defensa, con una violencia que nada ha limitado, puesto que el poder político ha estado íntegro de parte de unos y en contra de otros, de suerte que la operación aritmética ha sido de resta, como de antagonismo, en vez de ser un total por suma: la acción política se ha expresado por una diferencia, porque el grupo vencedor sólo se ha empleado en oprimir al vencido, lo que ha equivaleado a anularse a sí mismo, porque la fuerza de acción se ha equilibrado con la de oposición.

En el lenguaje político de Inglaterra es frecuente tropezar con la frase "la oposición de Su Majestad," al lado de esta otra: "el Ministerio de S. M.," para significar que la oposición y el Gabinete hacen parte del gobierno, al mismo título, y que ambos sirven al Rey, esto es, a la nación. Pero en ninguna República americana, excepto Chile, la oposición forma parte del mecanismo gubernativo; antes bien, cae en los gobiernos la predisposición a elevar la disidencia a la altura del crimen, y entonces la lucha implacable entre un gobierno que pasa a ser arbitrario y una oposición que por fuerza se convierte en intemperante, plantea para el observador filósofo este eterno problema: ¿se conspira porque se oprime, o se oprime porque se conspira? ¿es la oposición intransigente la que da la norma del gobierno dictatorial, o es el gobierno despótico quien forja el temperamento de la oposición revolucionaria? Caso insoluble si no es distribuyendo la censura por igual y concluyendo que son ambos, gobierno y oposición, quienes por esfuerzos simultáneos deben romper el círculo vicioso, moderando el uno el ímpetu abusivo y la otra sus conatos de rebeldía.

Todos los autoritarios, en el buen sentido de la palabra, todos los amantes de la buena administración, respirarán cuando sepan que la tiranía rabiosa de los círculos ha sido reemplazada por un gran poder público responsable.

Somos ya muchos en Colombia los que nos asfixiamos en las casillas estrechas de las facciones políticas, como hasta aquí se han concebido, y que creemos que un ensanche de las miras de los partidos se impone imperiosamente. Pero no se trata de reiterar, insisto, el ensayo de ligas hábiles para destruir, pero impotentes para fundar; no se trata de yuxtaponer para una obra puramente negativa, elementos incoherentes, aglutinados un instante por el cemento de odios comunes; no

es sobre pasiones, es sobre ideas, no es sobre meros intereses, es más bien sobre principios como deben reorganizarse los partidos nuevos y vigorosos que el país necesita, y que no son otros que los actuales transformados por un esfuerzo valeroso de liberación de antiguos prejuicios, para convertirse de clanes tenebrosos, y hordas o tribus de guerra, en partidos civilizados.

Cada uno debe obrar en el poder de modo que, al ser reemplazado por el otro, éste no tenga que deshacer lo hecho; no debe minarle la base; ha de calcular que, pasado un período, le tocará volver, y le será útil hallar lo que él mismo hizo y lo progresado por el otro. Sólo de la continuidad de esta obra progresiva puede esperarse que gane el país; pero si el partido que llega se entretiene invariablemente en destruir lo que el otro obró, el país no adelantará un paso, sino más bien retrocederá. El whig jamás anula lo que hizo el tory, y viceversa. Son reformas definitivas: no las ha hecho el partido: las ha hecho la nación por medio de sus mayorías parlamentarias.

12.—El problema parlamentario

La más elevada ocupación a que puede dedicarse la especie humana, dice Montesquieu, es la de hacer la ley. Sin embargo, tales como funcionan nuestros Congresos y Asambleas, constituyen un mecanismo tan dispendioso como de escaso rendimiento.

Nuestro Parlamento ha tenido épocas de poder soportar la comparación con cualquier Parlamento extranjero; entonces engendró oradores y estadistas iguales a los de no importa qué país del mundo. Después siguió la decadencia general que en todas nuestras cosas se observa.

Una larga experiencia, confirmada recientemente, demuestra que nuestros métodos parlamentarios actuales son en extremo defectuosos; su menor mal es quizá la falta de eficiencia, en relación con el tiempo y el dinero invertidos y malgastados en discusiones bizantinas; lo peor es el creciente desorden en la legislación y el hecho de quedarse indefinidamente sin satisfacer grandes necesidades nacionales, lo que redundará en descredito del parlamentarismo y, por contragolpe, en abono de la dictadura.

Nuestros cuerpos legislativos tienen largos períodos de sesiones durante los cuales trabajan, y aun trabajan mucho, pero con un desperdicio de fuerza que podría evitarse por medio de cambios sencillos y perfeccionamientos prácticos que sólo exigen un poco de buena voluntad para ser introducidos.

Hay que modificar sustancialmente los anticuados reglamentos de las Cámaras, no sólo en el punto de vista de la economía de tiempo y del costo del Poder Legislativo, sino más aún para garantizar en lo posible la buena calidad de ese artículo que el taller del Congreso está encargado de fabricar: la ley. Es decir que por donde debe comenzarse es por mejorar el instrumento mismo de las reformas, la máquina de hacer leyes.

Conviene desarrollar el órgano de las comisiones especiales y reservar las sesiones públicas para votar las conclusiones acordadas por ellas, fijando un máximo de duración a los discursos.

13.—El problema jurídico

Parece que toda nuestra legislación necesita ser remodelada, de acuerdo con los dictámenes más modernos de la filosofía del Derecho. Nuestros Códigos están haciéndose; propiamente ninguno hay terminado, y no están armonizados entre sí. El de Procedimientos exige reformas radicales para tornar la justicia más rápida y barata y ponerla más al alcance del pueblo. Convendría aumentar el radio legal de los Tribunales de Arbitramento, ordinarios y comerciales, llegando quizá hasta el arbitraje obligatorio, planteado con buen éxito en algunas colonias inglesas. Es de estricta justicia revisar la legislación sobre las sucesiones de los pobres, para abatir la doble hilera de formalidades y de impuestos, o sea la coalición anticuada de un procedimiento dilatado y de una fiscalidad ruinosa que obstruye la puerta de los Juzgados para las pequeñas fortunas. Al sistema penitenciario es necesario quitarle el carácter vindicativo para darle el de educador.

14.—El problema de la autonomía seccional y municipal

Pudo haber quedado resuelto en 1863, no exagerando la federación, o en 1886 no exagerando el centralismo: la acción y la reacción extremadas dejaron al medio el equilibrio. Afortunadamente vamos por el buen camino. Es más hacedero moderar un centralismo excesivo que una federación excesiva, como es más fácil descomponer que recomponer una síntesis. Verdad es que no hemos acertado todavía a definir las esferas respectivas de la Nación, del Departamento y del Municipio. Prueba que no hay uno solo de estos, inclusive el Distrito Capital, que tenga bien organizados sus servicios de hacienda, justicia e instrucción pública municipales, censo y catastro, edificios públicos, provisión de agua potable, baños, lavaderos, cloacas, desagües, alumbrado, pavimentación, extinción de incendios, aseo y sanidad, mercado público, matadero, caminos vecinales, parques, jardines y paseos, policía, asistencia pública, locomoción, penitenciaría, profilaxis, desecación de pantanos, etc. Son otros tantos problemas locales que sumados con los de los demás Distritos, forman en conjunto un enorme problema nacional.

Pero la labor de separar atribuciones, rentas y obligaciones, es ya relativamente fácil y estamos más cerca de terminarla que muchos otros países, por medio de una descentralización gradual y diferenciada, conforme a la importancia y desarrollo de las Secciones, y por medio de una amplia autonomía municipal.

Merced a la subdivisión territorial, aunque incompleta todavía, el progreso de las porciones pobladas se presenta tan uniforme como es posible, y es atención preferente del Gobierno central impulsar las más atrasadas para que alcancen a las que van adelante, y acrecentar la vida de relación entre unas y otras.

Fue Líncoln quien, en los primeros tiempos del partido republicano, hoy corrompido hasta la médula, aconsejó sumergir en cada localidad

los intereses meramente lugareños en un movimiento de carácter netamente nacional; esto es, dar propósitos e impulso patrióticos a las aspiraciones que antes se debatían dentro de los límites del terruño.

Refundir el interés individual en el del Municipio, en vez de oponer el uno al otro; transformar en departamental la política municipal; y elevar a nacional la política departamental: esas son las gradas de la escala que hay que subir para llegar a tener patria.

Sin que se olvide que el movimiento de ascensión por esa escala debe coincidir con otro de descenso, en que la nación renuncie a invadir el radio de la vida propia de las Secciones, en que éstas respeten la autonomía de los Municipios, y en que éstos y las otras entidades se detengan ante la puerta del santuario de los derechos individuales. Obra de coordinación difícil pero no imposible y que es indispensable para hacer del país, no un bloque de roca inerte y rígido, sino un organismo articulado, semejante a este vertebrado que llamamos hombre, de quien se dice que ocupa el puesto superior en la escala de los seres.

15.—El problema de la prensa

Si por medio de la escuela y del ejército queremos crear una verdadera opinión nacional, capaz de ejercer presión sobre los gobiernos, el exponente más genuino y poderoso de esa opinión es una prensa ilustrada, seria, responsable, rica, barata y de vasta circulación. Con estos predicados la tienen países de menos población y recursos que el nuestro. Periódicos pobrísimos, cuyo tiraje no alcanza a dos mil ejemplares, no es la prensa que necesita Colombia. Escasean los grandes diarios independientes, dignos, sinceros, que sientan lo que digan y digan lo que sientan; que cumplan su misión con serenidad; que en violencia de frase, proclamen la verdad y den ejemplo de justicia; y que, libres de inclinaciones personales y sectarias, se dediquen exclusivamente al servicio de los intereses patrios.

Nuestros periódicos viven habitualmente de la polémica; los más bajan a la arena sin propósito definido, y a poco se enzarzan con los colegas en interminables reyertas por motivos baladíes, casi siempre de carácter gramatical; parece que no traieran más misión que la de agredir y armar escándalo. Los diarios serios hacen su propio camino, se ocupan rara vez de sus colegas, aunque sean sus enemigos y no contienen diatribas personales.

Por lo común, el periodista político en Colombia, en lugar de orientar su partido y corregirle sus demasías, aplaude todo lo de los suyos, aunque sea malo, y censura acerbamente todo lo de los adversarios, aunque sea bueno; cuando más, guarda culpable silencio ante el mal obrado por los amigos y ante el bien realizado por los antagonistas. Los actos del adversario son pésimos, injustos y despóticos, en tanto que los del partido, sea gobierno u oposición, son la última palabra de la legalidad, de la pureza y del genio; atacan personas, cuando bastaría precisar hechos y, al contrario, fulminan sistemas, cuando el mal reside en los hombres encargados de aplicarlos.

Dirigidos a veces los diarios por firmas sin crédito ni imputación social, duran, sin embargo, merced a la depresión moral del medio en

que vivimos y del descalabro general que padecemos. De ahí la natural quiebra de su crédito y que ya pocos otorguen fe a lo que dicen los periódicos.

16.—El problema de las vías de comunicación

Buenos caminos de herradura, en primer lugar, ferrocarriles de vía angosta, en segundo, carreteras y automovilismo, en tercero; aprovechamiento racional de nuestro incomparable sistema fluvial; y telégrafos, teléfonos y correos por todas partes, teniendo en cuenta que no son los resultados comerciales lo que principalmente hay que contemplar en el ferrocarril y el telégrafo: es el contacto fácil y cotidiano que establecen entre las diversas partes del país y que acaba con los sentimientos antagónicos, funda la solidaridad y articula los miembros dispersos del cuerpo nacional. Por falta de buenas y abundantes vías de comunicación, hay una especie de miseria fisiológica en el organismo colombiano, y ya se sabe que el principal efecto de la miseria fisiológica es romper la solidaridad entre los órganos, de forma que unos trabajan y otros no, y los que trabajan lo hacen sin la necesaria correlación.

También están por crear los puertos marítimos y los fluviales, con sus muelles, grúas y almacenes. El solo problema de la canalización del Magdalena, incluyendo la apertura de la Bocas de Ceniza, exige la consagración y los recursos de varias generaciones. Así habría también un problema del Cauca, del Atrato, del San Juan, del Patía, del Mira, del Putumayo, del Caquetá, del Funza, del Meta y del Zulia.

17.—El problema de poblar el suelo.

que es imposible resolver antes de levantar el catastro general y de hacer la discriminación cuidadosa de las tierras nacionales y particulares, revocando previamente las concesiones de baldíos hechas bajo alguna condición resolutoria no cumplida, o simplemente que no hayan sido aprovechadas para un cultivo racional. El feudalismo de los latifundios es incompatible con la República; hay que democratizar lentamente la propiedad, modificando sus formas señoriales, pero oponiéndose también a su excesiva fragmentación. Después de eso, ya se podrían promover dislocaciones de población, aclarando los núcleos demasiado densos o pobres para llevarlos a ocupar los menos habitados o los desiertos. Luego vendría la colonización con inmigrantes extranjeros escogidos.

18.—El problema de la reducción de los salvajes,

acerca del cual, como obra cristiana y de influencia económica, me refiero en un todo a mi monografía con ese título.

19.—El problema topográfico,

o sea el del mejor conocimiento del país por medio de exploraciones metódicas y levantamiento de una buena carta geográfica gene-

ral, que es como la evocación presente y la efigie gráfica de la patria. En particular podrían mencionarse el problema del Chocó, el problema de la Goajira, el problema de los Llanos Orientales, el problema del Caquetá y otros análogos.

Lo cierto es que cuanto más conozcamos nuestro país, más sabremos amarlo; bien podría decirse que el ardor patriótico es hijo de la tierra, como Anteo, y que el entusiasmo nacional es la psicología del suelo, y se forma y educa por el aumento de las nociones acerca de él; el fetiquismo del territorio determina una saludable exaltación de los ánimos, y por contragolpe crea la disciplina de los pueblos. Tenemos que acabar la conquista del misterioso El Dorado que descubrieron los españoles hace cuatrocientos años, y que todavía no conocemos bien.

20.—El problema de aguas y florestas

Recibimos de la naturaleza un territorio fértil en toda su extensión, y por la tala y el incendio hemos, como Atila, merecido el título de fabricantes de desiertos. No son ya otra cosa grandes trechos del Tolima, del Cauca, de Antioquia, del Magdalena, de Bolívar y de otros Departamentos, donde las sequías y las epizootias periódicas destruyen las sementeras, los ganados y las gentes. Es de urgencia un plan general de arborización, la construcción de azudes y canales de riego, la multiplicación de los pozos artesianos y una severa ley que limite o regule la destrucción de los bosques.

21.—El problema de la estadística

Sin ésta no hay gobierno, y la nuestra está en embrión. El registro civil de nacimientos, matrimonios y óbitos, es una pena que no lo tengamos todavía, cuando existe en todas partes.

22.—El problema industrial

subdividido en muchísimos otros, como *el problema agrícola* (creación del Ministerio de Agricultura, fundación de escuelas del ramo, y en particular de veterinaria y lacticinios; enseñanza agrícola en los Seminarios, para que luego los Curas párrocos puedan trasmitirla a sus feligreses; servicio metereológico, huertos botánicos, puestos zoológicos, distribución de semillas, mejora de las razas por selección de las nacionales y por cruzamiento con reproductores finos; sericultura, apicultura, piscicultura); *el problema de la langosta*, cuya sola mención amedrenta porque recuerda la ruina y el hambre; *el problema fabril*, que envuelve el del proteccionismo racional para establecer fábricas de tejidos de algodón y lana, beneficio de plantas textiles para sacos y cordelería, fábricas de papel, de loza, de vidrios y cristales, tenerías, fundiciones, etc.; *el problema minero*: ferrerías, explotación del cobre, del carbón, del petróleo, del asfalto, y poner trabas a la enajenación de las minas a los extranjeros; *el problema mercantil*: tarifa de aduanas, Bolsas, Bancos, etc.

23.—El problema del trabajo

Fuéra de unas pocas reglas, no practicadas, del Código Civil sobre contrato de trabajo o prestación de servicios, nada tenemos que regule las relaciones entre patrones y obreros, entre amos y sirvientes, y por eso están indecisos sus recíprocos deberes y derechos, lo cual da origen a abusos y represalias y a un estado general de anarquía, a que cumple poner término.

Bueno es también ir pensando en asilos para la vejez, en el seguro contra los accidentes del trabajo, en reglamentar el empleo de las mujeres y los niños en las haciendas y talleres, en establecer el descanso hebdomadario obligatorio, en construir casas para los obreros y en realizar tantas otras medidas protectoras, ya ejecutadas en otros países.

La reglamentación del inquilinato o contrato de arrendamientos de fincas raíces urbanas, es otra que echan menos los propietarios, pero mucho más los inquilinos, así como una ley agraria para modificar la actual situación de los arrendatarios de tierras.

24.—El problema de la vagancia

Positivamente es mucho el tiempo que perdemos los colombianos, durmiendo más de lo necesario, charlando, politiqueando, hablando mal del prójimo, leyendo novelas o periódicos insustanciales, haciendo o leyendo malos versos, o entregados a los vicios. Estando tan pobres y acriasados, debemos recortarle horas a la holganza.

En un país como el nuestro, sin hábitos de disciplina ni facultades de trabajo, y donde los ciudadanos lo entregan todo al cuidado del Gobierno, sin perjuicio de clamar contra él por vicio de tradición, la extinción del parasitismo y del proletariado de levita, representa una medida de largo alcance sociológico y un estímulo para los laboriosos, a fin de acabar con el disolvente espectáculo de legiones de hombres válidos, sin profesión conocida o a la espera de empleos. La creciente invasión del parasitismo amenaza llegar a su maximum de saturación, que será cuando, dentro de algunos años, no exista un solo colombiano que no sea empleado público.

25.—El problema de la tenencia de los empleos

Hace falta una ley general de funcionarios públicos que fije las condiciones comunes de su nominación, promoción, dimisión, remoción, jubilación y reforma, que designe los sueldos por categorías y metódicamente y que determine los casos en que sean civilmente responsables por los perjuicios causados en ejercicio de sus atribuciones.

¿De qué sirve que un funcionario sea competente si no tiene la seguridad de permanecer en su empleo, de suerte que cuando haya puesto en vía de ejecución medidas que cree útiles, viene el sucesor y las interrumpe o las cambia? ¿Ni cómo puede ser competente si no se le escoge por su propio valer, sino por razones de parentesco, o de favoritismo? La política de clientela es el resultado inevitable de una

organización administrativa que para nada o para muy poco tienen en la cuenta formación de especialistas.

Si los métodos de nominación no dan por resultado designar los hombres en quienes concurren las condiciones que los hagan dignos del puesto, sino los que gusten a ciertas personas o círculos, al servicio de planes preconcebidos, serán perversos métodos no importa el nombre con que se les bautice o disfrace. Las designaciones hechas con ese criterio son contrarias al espíritu de las instituciones democráticas, pues para que haya verdadera democracia se requiere que los funcionarios sean servidores del público que los paga. Si sólo lo son de unos pocos personajes o de un grupo, habrá caciquismo, habrá oligarquía, todo menos democracia. La elección de los empleados, sea hecha por quien fuere y por el sistema que fuere, debe recaer en aquellos ciudadanos que tengan competencia para el puesto, es decir, carácter, habilidad técnica, experiencia, honradez, posición social y buenos antecedentes, que los coloquen en posibilidad de servir mejor que cualquier otro el cargo de que se trate. El Gobierno que rehuse o arrebatase el empleo a un ciudadano dotado de esas prendas y lo entregue a otro que carezca de ellas, será siempre—llámese como se llamare—un detestable Gobierno, porque de cualquier cosa podrá hacerse, menos de administrar rectamente los intereses del pueblo; y porque contraponer intereses especiales a los intereses públicos, de suerte que en el conflicto triunfen los primeros sobre los segundos, es volver contra el pueblo las funciones que él ha confiado y paga para que se le sirva.

Tiempo es ya de dar a la administración colombiana lo que poseen hace más de medio siglo las administraciones de otros países europeos y americanos: un estatuto legal que proteja a los agentes del Estado contra las iniquidades del *spoils system*; una Carta que determine los deberes y los derechos de los funcionarios, no por reglamentos especiales y precarios, sino por la autoridad de la ley soberana, barrera y freno que ponga al Presidente y a los Ministros al abrigo de la intriga, y a los servidores del país, al abrigo de la inseguridad y de la miseria.

El día en que se vea a los susodichos Presidentes y Ministros ir a buscar a sus casas a los competentes, aunque sean sus adversarios, el alma colombiana recibirá una impresión saludable, como sólo saben y pueden producirla los ejemplos de lo alto.

Precisamos de la estabilidad de los cargos públicos, con lugar a ascensos sucesivos dentro de cada ramo o especialidad y con derecho a retiro después de treinta años de servicio. So pretexto de alternabilidad republicana, no hemos podido formar tradiciones administrativas. En eso, como en muchos otros aspectos, Colombia es el país menos conservador que conozco, en el mejor sentido de la palabra. El régimen del ampadrazgo es vicio tradicional de la raza, condensado en el adagio: *El que no tiene padrino, muere moro*. Reaccionar contra él para adquirir un personal capaz, es una de las necesidades más urgentes. Pero el mayor mal es otro: mantenemos escuela de servilismo, porque la inseguridad en la posesión del puesto, dependiente de la voluntad caprichosa de los jefes, acaba con la independencia de los subalternos, a toda hora temerosos de la remoción.

Hay que fundar carreras: la diplomática, la consular, la judicial, la

militar, la docente o del profesorado, y otras por el estilo, como único medio de estimular el estudio, la honradez y el celo y formar verdaderos servidores de la patria. Valen infinitamente más pocos empleados, idóneos y bien retribuidos, que muchos mediocres y mal pagados.

El mismo desorden que en la administración, reina en el Poder Judicial, donde no hay reglas para el nombramiento y promoción de los Jueces y los Magistrados. Colombia no posee, para la designación del personal que ha de administrarle justicia, una sola de las garantías de que gozan otras repúblicas hispanoamericanas, con más reputación de revoltosas e inestables, y así hemos visto escalar los puestos más altos de la jerarquía a personas sin título universitario, o que no han dictado una sentencia en un Juzgado, o que no han ejercido la profesión, o que no lo han hecho con probidad y competencia.

26.—El problema demográfico

Expresión genérica de muchos otros parciales, todos ellos de importancia vital, como *el problema del pan* (no fabricado con harina extranjera), *el problema de la sal* (abaratándola como alimento de hombres y ganados y como abono), *el problema del azúcar* (no importándola), *el problema de la carne* (disminuyendo su precio en el interior y promoviendo su exportación, preparada en saladeros o en frigoríficos), *el problema del café y del cacao* (aumentando su consumo nacional y su envío al Extranjero), *el problema del vestido y del calzado*, *el problema de las habitaciones higiénicas*, y otros por el estilo.

En muchas de nuestras ciudades hay barrios antiguos llenos de tugurios, que con mucha propiedad llamamos "cuartos ciegos", donde se alberga un hormiguero de hombres sifilíticos y alcoholizados, de mujeres escualidas y de niños pálidos y sucios, en una promiscuidad enfermiza e inmoral, de que no pocas veces hacen parte los animales. Tales antros, algunos de los cuales infunden pavor, deberían ser arrasados mediante empréstitos municipales y expropiación forzosa, con razonable indemnización, a los dueños de esas pocilgas de cultivo asiduo del bacilo de Koch y del de la avería, y donde generaciones enteras han agonizado por falta de los tres agentes indispensables para la vida animal y vegetal: aire, agua y luz.

27.—El problema de la asociación

Es asombrosa la falta de espíritu de clase que hay entre los colombianos, no porque ignoren lo que todo el mundo sabe, que la unión es la fuerza, sino porque la ojeriza sectaria y personal hace imposible toda acción común. Ni los agricultores, ni los comerciantes, ni los mineros, ni los patrones, ni los operarios, son capaces de entenderse, en beneficio de sus propios intereses, o si inician un acuerdo, pronto se desbarata por las rencillas. Las Academias poco se reúnen y poco trabajan; apenas si la sociedad anónima se ha aclimatado en la forma de Bancos, al rededor de los dividendos fuertes, o en forma de clubes, al rededor de la cantina o del tapete verde. Las empresas fracasan por agotamiento del capital individual, y cuando las cooperativas y el mutua-

lismo están salvando al mundo, nosotros desconocemos hasta lo que esas palabras significan. La falta de costumbre de estar juntos es el resultado de la intolerancia, y ésta es hija de las pasiones de círculo. Véase hasta dónde extiende sus raíces el árbol de la política mal entendida, verdadero upa o manzanillo, a cuya sombra todo se desmedra y muere.

Ojalá que esta *Unión de Industriales y Obreros*, ante la cual hablo, sea el despertar de un espíritu de asociación análogo al que tan poderosamente ha contribuído a la formidable expansión económica de Alemania.

28—El problema de la alegría

¿Por qué nó? Después de ilustrar al pueblo y de velar por su salud; después de tenerlo bien alojado, bien vestido y bien comido, hay que procurarle distracciones que no impliquen crueldad, como las corridas de toros y las riñas de gallos, que deberían proscribirse. Baños públicos, parques, avenidas, monumentos nacionales educativos del buen gusto, jardines zoológicos, exposiciones, conferencias, fiestas patrias, carreras de caballos, música, teatro y sobre todo deportes atléticos y gimnasios públicos.

Crear la alegría, la alegría sana, madre de la benevolencia, es el mejor servicio que puede prestarse a los colombianos que, en medio de una risueña naturaleza, son un pueblo melancólico y uraño, que parece rumiarse a toda hora un tedio incurable. "Amor, honor, valor, trabajo, lealtad y buen humor, son los que hacen que valga la pena de vivir en este planeta," dice Mr. Birrell, orador inglés.

Somos un pueblo habituado a pelear con denuedo y a morir con gloria; pero que no ha aprendido a vivir con cordura y alegría. Ha llegado el momento de instruírse en el arte de conservarse. No anhelamos más la muerte; no contemplemos más la tristeza con favor particular; lancemos con pasión un grito en demanda del ser y del durar.

El pueblo colombiano como que siente en sus entrañas el bullir de una vida nueva, en su pecho la palpación de un nuevo anhelo. Esperemos que resurgirán días de prosperidad, y en alcanzarlos pongamos todo nuestro conato: estudio asiduo, trabajo constante, querer firme y rostro risueño.

Reflexiones generales

Sería fácil seguir llenando páginas con la expresión sinóptica de nuestras necesidades, y escribir sobre cada una de ellas una extensa monografía; pero creo que basta lo expuesto para producir entre los verdaderos patriotas el alarma sobre la peligrosa situación moral, intelectual, social, económica, financiera y defensiva en que nos encontramos; y basta también para concluir que si todos los colombianos, con todas nuestras facultades y recursos, nos aplicáramos a atacar los problemas enumerados, talvez dentro de cincuenta años tuviéramos adelantada su solución; pero que si seguimos como hasta aquí hemos venido, el siglo XX acabará como se nos acabó el XIX, sin haber avanzado un paso, sino más bien retrocedido en muchas cosas; y eso es si antes no acontece que los ciudadanos serios lleguen a pensar que lo mejor para el

país sería que lo expropiasen por utilidad de la civilización, para colocarlo bajo el dominio o la tutela de un pueblo más equilibrado y más serio.

Cuenta una leyenda que el filósofo griego Epiménides durmió a pierna suelta cincuenta años de un solo tirón, y que cuando se despertó, la casa estaba arruinada e invadida por la maleza, y no tenía ya familia, ni amigos, ni conocidos, ni bienes. Es lo que acontece a todos los dormilones. Los bienes del que duerme están a disposición del primer atrevido ambicioso.

Para las necesidades y deberes de la civilización, Colombia ha dormido también por más de cincuenta años. Hoy parece haber despertado, y se haya pobre, ignorante, débil atrasada y sin amigos; algunos de sus vecinos y aun no vecinos le han quitado grandes trechos de territorio; el resto está cubierto por los matorrales del retroceso. Ya que estamos acordados, tratemos de no recaer en la dilatada pesadilla en que tanto tiempo vivimos, si es que se puede llamar vida a la letargia.

Se observará tal vez que todas estas son "obras de gobierno", fuera del alcance de los simples ciudadanos. Error manifiesto. Sin duda son dignos de censura los mandatarios que, teniendo atribuciones y medios poco se preocupan por cumplir su deber, gobernantes a quienes les basta la posesión del poder, que no trabajan por realizar la verdadera democracia, y que por malgastar su tiempo en la pequeña política, salen de su encargo como lo asumieron, sin haber soltado una sola de las dificultades públicas que estaban a su alcance; por lo cual es bueno poner a la vista esta enumeración de los problemas pendientes, para que así el pueblo se libere de ellos, y sea la parte que cada gobernante adelantó, o acusarlo si nada hizo. Mas, por regla general, para que un gobierno pueda hacer algo, se necesita que la mayoría de los hijos del país lo quiera con voluntad fuerte e inteligente, y que ponga a disposición del mismo gobierno los elementos necesarios. Cosa ninguna puede intentarse con buen éxito si no es apoyándose en una fuerza verdaderamente nacional, expresión de la opinión libre y concorde. Mientras los colombianos estén exclusivamente dominados por odios e intereses sectarios, se engaña por mitad de la barba quien tenga la veleidad de juzgarse el Mesías salvador y reformador de este país. Mucho harán los buenos gobernantes, pero el poder de su energía y de su ilustrada voluntad no alcanzará hasta cambiar de un día para otro la educación que el pueblo ha recibido en ochenta años de zambra permanente. Es la misma nación quien ha de resolver esos problemas y nadie en su lugar. Promover reformas completas que abracen todo el mecanismo social y todos los ramos de la actividad, pero sin convulsionar el país y sin provocar discordias, sólo puede conseguirse con la obra de varias generaciones, por medio de la lucha pacífica y esclareciendo los espíritus con la propaganda activa y evolutiva, estrictamente dentro de la ley. *No parar, no retroceder, no precipitarse*: hé ahí el derrotero.

Hacer patria llamábamos nuestro empeño en las guerras civiles, donde acabábamos con la poca que teníamos. Hoy sí que es cierto que necesitamos hacer patria! Tenemos, puede decirse, el casco, la armazón: falta casi todo lo demás.

Para que haya patria verdadera se requiere que haya varios mi-

llones de hombres unidos por un mismo pensamiento, empujados por idénticas necesidades generales, que gocen unos mismos derechos, que estén levantados por unas mismas pasiones y que asocien sus esfuerzos para alcanzar un fin común. Donde no exista la unión de los corazones y de los pensamientos, no hay patria. Bajo pena de muerte nacional hay que satisfacer la necesidad de estrecharse y de verificar el tacto de codos, y hay que rebajar, no digo suprimir, las barreras de los partidos, porque ellas, con la altura que hoy tienen, impiden la libre circulación nacional y erizan de montañas morales el alma colombiana, que debiera ser indivisa y tersa.

Desarrollemos en nosotros y a nuestro rededor las costumbres de un pueblo libre; hagamos comprender a nuestros conciudadanos que la salvación está en ellos mismos, que son responsables de la cosa pública y que es una solemne necedad esperar una redención nacional de que ellos mismos no hayan sido los laboriosos y pacientes fabricantes. Tratemos de abrir una tronera por donde, a pesar de las risas de los escépticos, la duda de los desalentados y la negación de los egoístas, acaben por pasar el buen sentido y la lealtad nativas del alma colombiana.

Las condiciones que confrontamos son nacionales, los problemas son nacionales; la solución tiene que ser nacional.

No obstante la diversidad de opiniones, de ideas y de pasiones, creo que se puede caer en una especie de acuerdo real, sobre las cosas sufridas, sentidas y pensadas en nuestra nación, y que se puede cambiar el actual estado de atomización de fuerzas del país, por una obra de síntesis y unión.

Ah! Si fuese dable que en los diversos bandos hubiese una flor escogida capaz de venir a sus horas a parlamentar en el campo neutral donde flamean los colores de la patria! Si fuese posible organizar una coalición nacional, formada entre todos los colombianos de buena voluntad, como elemento de ponderación o de equilibrio y para el servicio y defensa de los grandes intereses públicos!

No es propiamente obra política la que indico; es obra social, y entre las dos cosas hay la misma diferencia que entre una alianza durable y un pacto efímero. Zanjear las diferencias no esenciales y juntar las manos para trabajar unidos por la emancipación del pueblo: esa es la labor que propongo ejecutar. No es a retaguardia de los partidos, es a vanguardia de ellos donde debe resonar el toque de llamada a todos los temperamentos idénticos, sin empleo hoy, al margen de la vida política, o retenidos en los cuadros rígidos de los viejos partidos, sin embargo de tener aspiraciones comunes y designios análogos.

—Programa de la Coalición

Si previendo esto y para ir acostumbrando los espíritus a la idea, se me preguntase cuáles podrían ser las bases del movimiento, diría que la Coalición Nacional Patriótica no tendría programa, a lo menos lo que ordinariamente se tiene por tal: vastos cuerpos de exposición doctrinal en que se pretende no dejar sin definición dogmática ninguna materia opinable, política, sociológica, económica, fiscal, administra-

tiva y hasta filosófica y teológica, apropiándose, casi siempre sin derecho, principios del dominio general.

Mientras más numerosos sean los artículos de un programa, más ocasiones hay de divergencia, porque se acepten unos y se rechacen otros. Para organizar la Coalición bastarían unas pocas proposiciones fundamentales, verdaderos axiomas, en que todos estuviesen de acuerdo, guardando cada cual en reserva el resto de sus opiniones anteriores, en que discrepara de los demás y que no quisiera llevar al fondo común. A nadie se pediría que abdicase el nombre y carácter de liberal o de conservador; podrían ser a la vez miembros de esos partidos, para todo lo que fuese especial a ellos, y miembros de la Coalición para todo lo que fuese de orden genérico.

El anhelo de que, por parte de la conciliación de la familia colombiana, se modifiquen los partidos políticos, para cambiar el sentido mezquino y odioso que hasta ahora han tenido la palabra y el hecho designado por ella, es un santo anhelo; mas si se considera irrealizable, fuerza es admitir las transacciones que a él puedan habituarnos, hasta que el sectarismo pierda su actual intensidad de irradiación malsana, proyectada sobre todos los actos y casos de la vida.

Bajo cualquier régimen, el programa de la Coalición sería aplicable, porque ella no vendría a combatir las agrupaciones políticas actuales ni las nuevas que se formarían, cuyo apoyo, bien al contrario, aceptaría de buen grado, para propender a la obra salvadora. Sería, repito, una alianza formada con un pensamiento elevado y sin detrimento de las respectivas creencias políticas de sus componentes. La formación de un acuerdo que reúna todos los elementos progresistas que haya en el país y que, por su robustez y energía, pueda asegurar, en lo que de él dependa, la marcha regular de las instituciones, es un alto deseo que no implicaría ambición de poder, sino apenas el propósito de reunir, concentrados y compenetrados, factores importantes hoy dispersos y que tal vez anden buscándose a tientas entre las tinieblas.

Sobreponer a todo trance la patria a los partidos;

Conservar y defender la integridad nacional;

Sostener sin reservas la paz y la legalidad;

Fomentar la instrucción y la educación públicas; y

Acordar una tregua durante la cual se abstuviesen de tratar cuestiones políticas y religiosas candentes.

Este podría ser el plan de la Coalición, en el cual no habría para qué incluir una cláusula especial sobre la libertad, ni otra sobre el progreso, porque ella y él son producto necesario de estos dos factores: el orden y la educación.

La quinta proposición

Siendo las cinco primeras proposiciones de una verdad y bondad resplandecientes, permítaseme, para concluir, desarrollar el último punto.

El pueblo de Colombia es el pueblo más polemista de la tierra; su natural es propenso a la agresión, a la crítica y a la burla. En el

mundo que tengo recorrido, no he hallado raza más quimerista y amiga de peloterías que la nuestra. Siempre que dos colombianos se encuentran, conózcanse o no desde antes, lo primero que hacen inmediatamente después de saludarse—si se saludan—es contradecirse; esto es, averiguar en qué disienten para ponerse a discutir. Aun acontece las más de las veces que, enunciada una opinión por el uno, aunque el otro, en su fuero interno la admita, de palabra la combate, como si le pareciera signo de inferioridad resultar de acuerdo con su interlocutor, o como si gozara en mortificarlo.

Parece que fuéramos ajenos al placer de que tan bien habló Bentham: el placer de descubrir que los demás piensan y sienten como nosotros. Cuántas veces no escuchamos a uno de nuestros compatriotas decir: "Vengo de tener una discusión con Fulano," y eso lo declara con todo el énfasis de quien acaba de ejecutar una acción distinguida de valor, o de dar una prueba relevante de inteligencia o de carácter. Y es lo bueno que tal vez ninguno de los contendores poseía a fondo la cuestión sobre que versó la controversia. Porque otro vicio de los colombianos es hablar de lo que no sabemos. Generalmente desdénamos disertar sobre la materia que poseemos bien, porque nos parece trivial; los temas que nos llaman la atención son los que no dominamos; pero entonces, en vez de convidarnos a estudiarlos, empezamos por alfeñar, pontificando sobre ellos magistralmente. Como contabilistas, nunca dejamos de poner al pie de las cuentas que pasamos las consabidas iniciales S. E. u O. (saivo error u omisión) y eso tratándose de elementos aritméticos y de operaciones matemáticas elementales. Pero como pensadores, filósofos, teólogos, políticos y economistas—que todos creemos ser—es decir, en el campo más vago de las materias opinables, nunca hacemos la salvedad del error o de la omisión posibles, y por eso somos ásperamente afirmativos y dogmáticos. Y como entonces tropiezos en el contrariante con una igual disposición a rebatir como enónca *a priori*, y aun con mala fe, toda dilación, sin necesidad de análisis ni de tolerancia, y con una prevención siempre lista a traducirse en deseo de contrariar, de ahí las pendencias, muchas veces las riñas y, en todo caso, la antipatía o el rencor.

En cuanto a la práctica de nuestra política, he hallado realizada aquella desalentadora pintura de Max Nordau: "La vida pública renueva, en medio de nuestra civilización pacífica, todas las condiciones de los tiempos primitivos; vida en que no hay tregua ni reposo, en que cada cual debe continuamente combatir y vigilar, espiar las huellas de los otros y borrar las propias, dormir con las armas en la mano y los ojos medio abiertos; vida en que cada hombre es un enemigo, en que tenemos la mano levantada contra todos y las manos de todos levantadas contra nosotros, en que somos sin cesar vilipendiados, molestados, calumniados, confundidos; vida, en fin, como la del piel roja sobre la pista de la guerra, en las florestas antiguas."

Cuando uno recuerda que hubo un tiempo, hace por lo menos tres mil años, en que la institución de la esclavitud representó un paso avanzado en la evolución del progreso, porque cambió la suerte del vencido, a quien el vencedor, en vez de devorarlo o de exterminarlo implacablemente, le dejaba la vida para emplearlo en el trabajo, mien-

tras el vencedor pasaba la éra puramente militar a la industrial, es de entristecerse considerando cuán despacio mejora el hombre, puesto que todavía hay países, como Colombia, que no han llegado a ese apartado ciclo, y donde una secular existencia en sociedad no ha logrado aún modificar los apetitos del bárbaro ancestral. Ciertamente que ya aquí el vencedor no se come al vencido, pero sí lo mata todas las veces que puede, o se goza en torturarlo, o le dedica rencor profundo; de tal modo que fuera bueno pensar si no sería preferible que lo hiciese su esclavo: así siquiera tendría interés en no sacrificarlo, con lo que algo ganarían las dos tribus.

Para colmo de males, suele suceder que los odios políticos reinan más en el seno de un mismo partido que de un partido a otro. *Matar para robar*, es decir, derribar al que se envidia, para elevarse a sus expensas, es el crimen cotidiano en esta tormenta infernal, en este torvo sábado de miserias que en Colombia llamamos vida pública. El pertenecer a un bando no sirve siempre para que los afiliados se estimen y defiendan recíprocamente; al contrario, el encarnizamiento suele ser mayor contra los copartidarios que contra los adversarios, puesto que se llega a hacer causa común con éstos contra aquéllos, lo cual hace más dolorosas las heridas.

La política ha sido hasta hoy, en Colombia, un disolvente económico, moral, social y religioso. Nos es aplicable también aquel sombrío cuadro de Fustel de Coulanges en su *Ciudad antigua*:

"Si nos representamos, dice, un pueblo ocupado de política, desde el más ilustrado hasta el más ignorante, y desde el más interesado en mantener el actual estado de cosas, hasta el más empeñado en derribarlo; un pueblo poseído de la manía de discutir los negocios públicos y de meter la mano en el gobierno; si se observan los efectos que esa enfermedad produce en la existencia de millares de seres humanos; si se calcula la perturbación que aporta a cada vida, las ideas falsas que infiltra en una multitud de espíritus, los sentimientos perversos y las pasiones odiosas que inculca en una multitud de corazones; si se cuenta el tiempo arrebatado al trabajo por las discusiones, la pérdida de fuerzas, la ruina de las amistades reales, o la creación de amistades ficticias y de afectos que en el fondo son antisociales, las delaciones, la destrucción de la lealtad, de la seguridad y de la cortesía, la introducción del mal gusto en el lenguaje, por el predominio de las voces fuertes, la división irremediable de la sociedad, la indisciplina, la desconfianza, el enervamiento y la debilidad del país, y las derrotas que son su natural consecuencia, la desaparición del verdadero patriotismo y aun del verdadero valor, las faltas que necesariamente comete cada partido al llegar al poder en condiciones siempre las mismas; los desastres y el precio a que hay que pagarlos; si se calcula todo eso, no puede dejar de decirse que la enfermedad de la política es la más funesta y peligrosa epidemia de que pueda adolecer un pueblo, y que ninguna otra hay que ataque más a fondo la vida pública y la privada, la existencia material y la moral, la conciencia y la inteligencia; y que, en una palabra, nunca hubo despotismo que causara más males."

Los que declaran "no meterse en política," y lo practican, tienen

razón, en parte, y constituyen una seria reserva nacional, para cuando esa política cambie de objeto y procedimientos; pero esto no los exime de cumplir con los deberes de la ciudadanía, ni obsta para que el ausentismo de los patriotas, de los laboriosos, de los prudentes y de los experimentados deje de ser el principal factor de esa perversión política de que se quejan.

Quizá la causa más profunda de las perturbaciones de que padece Colombia, es el divorcio entre la vida política del país y su vida social y moral. Tenemos un pueblo inteligente, abnegado, de buena voluntad y con otras cualidades naturales, distribuidas profusamente en una población que vive sobre un suelo excepcionalmente rico, y sin embargo, las entidades oficiales no se preocupan por desarrollar esos elementos, por servirse de ellos, por valorizarlos; sino que más bien parece que la libre expansión de las energías nacionales les causasen recelo o les estorbasen.

¿Ni cómo podría ser de otra manera, si la flor nacional, si la porción escogida se aleja de la vida pública, por egoísmo y por enfado, y deja el poder en manos de los políticos profesionales, que sólo se forjan la ilusión de estar a la altura de su cometido, cuando han logrado abatir todo lo que les rodea? Porque la mediocridad es instintivamente envidiosa, y para ella es una necesidad, o deshacerse de un poder de que no es digna, o ejercerlo tiránicamente; y se imagina que se levanta un grado cuando hunde a otro a quienes le hacen sombra, a la manera que el arbusto se cree más alto cuando se rozan los árboles del alrededor.

Apartheid de sectarismo, nuestro nivel moral y político ha llegado a veces a medirse por el de Marruecos. Lo poco que hemos avanzado es porque era imposible dejar de hacerlo, merced al aumento de la población, al desarrollo natural del comercio, a la posición geográfica y a la irresistible infiltración del progreso extranjero. Por nuestra propia cuenta, lejos de fomentar la civilización, hemos hecho cuanto hemos podido por detenerla, y lo hemos logrado. La mayor parte de nuestro tiempo la hemos malgastado en agitar, con enorme dispendio de papel, tinta y talento, cuestiúnculas triviales, destituidas de verdadero interés para el país.

Aquí es donde más ingenio se ha derrochado en controversias filosóficas, y donde menos tiempo se ha dedicado a los problemas que interesan a la fortuna pública; por lo cual, nuestra tierra, tan espléndidamente dotada por la naturaleza, es una de las más atrasadas en la valorización de sus riquezas, y en el intercambio interior y exterior de sus productos. Debemos querer que la opinión ilustrada relegue al segundo plano querellas estériles para el bien, fecundas para el mal; que los espíritus colombianos se vuelvan del lado de los estudios positivos, apaciguadores y profundos, como los económicos; y que la misma opinión reclame a sus representantes en el Gobierno y en el Parlamento una *política de realización*. En el acto, la capacidad productiva se aumentaría, y recursos nuevos se ofrecerían a las iniciativas privadas.

Los colombianos confundimos los partidos políticos, que deben ocuparse principalmente de administración y de intereses, con las reli-

giones o con las escuelas filosóficas, que tratan de creencias y de doctrinas. Publíquense entonces los "credos" o las "bases positivas" e inmutables de que cada cual arranca, y creyéndose en la posesión exclusiva de la verdad, asumen orientaciones rígidas, y sacan la consecuencia de que los demás están en el error, que profesan de mala fe, y que es lícito y meritorio arrancarlos de él, aun por la fuerza. De ahí a los autos de fe o a las guerras de exterminio, no hay más de un paso, y ya sabemos cuántas veces lo hemos dado. Entonces se presentan las temeridades de los ideólogos, de los profesores de la gaya ciencia constitucional, y de las "víctimas del libro," que nunca se pusieron en contacto con la vida y con las realidades de la política, ni son capaces de transigir con ellas, porque su dogmatismo de profesores los obliga a aplicar sus principios hasta agotar las consecuencias en toda su latitud.

El único mérito que en todo esto tenemos es el de ser lógicos. Considerando buena esa conducta para nosotros, la juzgamos óptima también para nuestros hijos, y así los unos los educan para conservadores, enemigos de los liberales, y los otros para liberales, enemigos de los conservadores, con lo que el país sigue y seguirá eternamente dividido en bandos separados por abismos de odio insanable, transmitido con esmero de generación en generación.

Es verdad que aquí, como en todas partes, las filiaciones en política rara vez se derivan de preferencias razonadas; son, ante todo, efectos pasionales, inaccesibles al discurso e irreductibles por los argumentos; pues así como muchas veces uno no ama a quien debe o padece, sino a quien una especial fatalidad mórbida le manda, así tampoco tiene siempre cada cual la opinión de su razón, ni aun siempre la de su interés, sino la de sus afinidades o de las circunstancias; más aún, la del medio en que nace y se educa.

¿Qué es lo primero que se hace en el seno de cada familia colombiana cuando apenas el niño comienza a balbucir? Preguntarle si es liberal o conservador; la criatura, ignorante del atroz significado que en el ánimo de los mayores tienen esas palabras, las suele trabucar, contra el gusto de quienes lo interrogan, o responde conforme a su intención; en este caso, se le celebra la gracia, como una idea loable a una acción buena; en el otro, se le censura como un error craso o como un acto abominable, y son de ver los aspavientos y gestos de horror con que exclaman, según el caso: "¿Qué les parece que el niño es *godo*," o "¿Qué les parece que el niño es *rojo*, y se va a condenar!" Así es, por lo común, como en Colombia se hacen liberales o conservadores. Pero yo no conozco nada más torpe que sembrar de este modo en el alma inocente y pura del niño la semilla del rencor, que después seguirá cultivándose cuidadosamente! no conozco nada más inicuo que enseñar a un mismo tiempo las oraciones del cristiano y las lecciones del aborrecimiento!

Permítaseme decir que, apartado de esa vía de perdición, también soy lógico: lo que tengo por bueno para mí, lo tengo por bueno para mis hijos, y así los estoy educando lejos de aquí, en el amor de la patria. Hicieran otro tanto los demás padres de familia, y las nuevas generaciones crecerían sin los estigmas de la extremada pasión políti-

ca, colombianos ante todo, y ante todo servidores de su país. Es lo que ha hecho el Japón y lo que constituye el secreto de sus triunfos. El "misterio del alma japonesa," que algunos tienen por indescifrable, no es otro que la formación de los niños y la educación de los jóvenes en el culto de la idea nacional. Mientras hay serios motivos para dudar de que haya un patriotismo colombiano.

Aquí son muy comunes giros de lenguaje como éstos: "Fulano, liberal, *pero* cumplido caballero," en boca de unos; y "Zutano, conservador, *pero* honrado y buena persona," en boca de otros. Esto me hace recordar que viajando de Curaçao para Nueva York, en 1901, embarcaron en el mismo buque donde yo iba dos negros haitianos, personajes políticos desterrados de su negra República y que volvían a ella después de un cambio revolucionario. Me relacioné con ellos a bordo, tal vez por la atracción determinada por la similitud de situaciones, y tuve la oportunidad de sorprenderles esta frase lisonjera, referente a mí y dicha en patois, que pensaron no entendía: "Qué sujeto tan estimable, dijo el uno: lástima que sea blanco!" — *Mercede ser negro*, corroboró el otro con toda convicción. Y yo sentí bien que aquellos hombres me apreciaban. Así en Colombia, el colmo de la benevolencia y de la simpatía entre dos adversarios políticos es decirse: *Usted debería ser liberal, o Usted debería ser conservador*, según el caso.

Lo que yo deseara, lo que el país necesita, es que las condiciones de buena persona, de cumplido caballero y de sujeto estimable y honrado, sea cual fuere el partido de quienes las tengan, se antepongan y se sobrepongan a la denominación política, y no que vayan tras ella o bajo ella, precedidas del necio *pero*; esto es, que nos acostumbremos todos a ver esas condiciones independientemente del hombre partidario, en vez de contrapuesto, y que ese nombre no siga siendo un obstáculo insuperable para que las buenas personas, los cumplidos caballeros y los sujetos estimables y honrados se acerquen y se reúnan a tratar de la Patria y de sus altos destinos.

Comienzo por proponer que modifiquemos esa perniciosa disposición de los ánimos. *Eutropelia* llamaron los griegos a la jocosidad inofensiva, a las manifestaciones comunes de agrado, fórmulas convencionales de la pulidez. No sabemos *eutropelia*, aprendamos *eutropelia*. Procuremos suprimir las pequeñas causas de irritación, que sumadas son las que producen los grandes estallidos. Evitemos cuidadosamente los desagradados personales; suavicemos las costumbres; sepamos apreciar la cortesía y las buenas maneras; hagamos menor gasto de voces agresivas y mayor de palabras amables; siendo uno de los mayores predicados de la lengua castellana la energía de las expresiones, propongámonos usar las menos hirientes, las más atenuadas; reemplacemos por dulzura la amargura, y sentiremos pairar sobre nosotros una atmósfera de benevolencia que por sí sola será capaz de conducirnos a acuerdos duraderos y útiles. Seamos flexibles e insinuantes; transijamos. Sólo en una cosa mostrémonos intransigentes e inflexibles: la honra y la grandeza de la Patria. Dejemos que la corriente pacifista que sopla por el mundo penetre por todas las costas, valles y montañas de nuestro país, como un alisio refrescante y reparador. Necesitamos una Colombia nueva, una joven Colombia, y para ello tenemos que empezar por

romper las maniotas del pasado. Busquemos de preferencia y con afán las cosas en que estemos de acuerdo, y esforcémonos por disminuir las causas de antagonismo. Hecha una cuidadosa selección de lo en que convenimos y lo en que discordamos, esmerémonos en apartar esto y en ocuparnos sólo de aquello. Si sabemos que no hemos de convencer al adversario, porque todo colombiano finca su orgullo en no confesar que su contendor tiene razón, y porque lo que se nos enseña en los Colegios no es a *discutir* sino a *porfiar* ¿para qué perdemos el tiempo? Difundamos nuestra palabra para fortificar en su fe a los que ya crean en ella, y talvez para que su semilla germine si logra caer en el terreno propicio de un espíritu favorablemente predispuesto.

Día llegará en que, como producto natural y espontáneo de un movimiento de opinión, determinado por la concurrencia de diversas circunstancias, en una coyuntura histórica que se ve venir, se imponga una nueva modalidad de los organismos políticos, reconstituídos para satisfacer las legítimas aspiraciones del país. Llegará un día en que se acabe esta miseria de no confundirse en un clamor único de ansia generosa la voz de la juventud colombiana, hoy dividida en grupos, caudatarios inconscientes de reacciones extremadas, y aderezados con esmero para entredevorarse. Se me figura ver entonces a las almas nuevas, esplendentes de primavera! candor, ir procesionalmente, por entre la gloria de nuestra naturaleza, camino del altar donde se inscriba esta gran palabra, PATRIA, texto inmortal y cifra y compendio de los deberes del ciudadano.

Confío en que vendrá esa edad de reposo y de ventura, de poder, de ilustración y de justicia, y si es cierto que no haré parte de los huesos que entrarán a esa Tierra de Promisión, haré lo que pueda para contribuir a que se aproxime, y quizá desde algún Monte Nebo alcance a divisarla antes de morir.

Es que no creo, con los pesimistas, en que el fin de Colombia esté próximo; en que hayan combatido y trabajado inútilmente tantos héroes y tantos magistrados, y que tantos esfuerzos históricos estén fatalmente destinados a alboriar. Tengo fe en que una alta fortuna está reservada a nuestra nación.

Mas para ello es necesario que las nuevas generaciones se rebelen contra la resignación a la muerte; que miren hacia el encadenamiento de causas y efectos que han producido nuestros infortunios y que, una vez aprendida la lección, la apliquen. Existe un hecho evidente: las generaciones anteriores han sido desgraciadas. ¿Van a querer serlo también las nuevas, como sin duda lo serán si trillan los mismos caminos? No hay por qué, si no cambian de rumbo y procederes, tengan suerte distinta. A una misma parte van los que una misma senda trajinan. Si los padres se engañaron juntos y juntos se perdieron, ¿por qué los hijos no adoptarían juntos otras máximas de conducta que de concierto los salvaran? No se defiende útilmente la tradición renovando gestos caídos en desuso ni repitiendo indistintamente todo lo que hicieron los antepasados, sino sólo lo que habrían hecho los mejores de entre ellos si vivieran en nuestra época.

Se hace, pues, cada día más interesante para los espíritus jóvenes y puros, meditar sobre las concordaciones posibles; si en lugar de a

toda hora combatirse a muerte, como hoy lo hacen, no podrían rodear algunos objetivos comunes, que encarnasen el interés público; y si no les sería posible arrancarse a las querellas enervantes de la política de facción, para retemplar su carácter en la fragua de la justicia, de la fraternidad y del patriotismo, hasta fabricarse el alma común que hoy les hace falta.

¿Cómo los patriotas, amantes del poderío y gloria de Colombia, no se aplicarían a remediar estas tristezas? Si el reinado de la división a ultranza ha sido estéril y ruinoso, ¿por qué no renunciar a él? Quien se aleja de la discordia va hacia la concordia y se dirige hacia el bien de la República.

Si Colombia parece enferma y como paralítica, es porque le hace falta un grande ideal como éste, que levante y empuje a sus hijos en un movimiento común.

En resumen, seamos patriotas, trabajemos.

Alguna vez leí en un álbum de autógrafos, éste del Ilustrísimo señor Herrera Restrepo, Arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia:

"Conocerán todos que sois mis discípulos si os teneis amor unos a otros." (San Juan, XIII—35).

Tomando esta cita como la mayor de un silogismo, la menor y la conclusión serían:

Es así que los colombianos nos aborrecemos, procuramos causarnos mal de palabra y de obra, y llegamos hasta matarnos cada vez que podemos;

Luego no tenemos el signo por el cual se distingue a los discípulos de Cristo.

No somos cristianos.

Seamos cristianos!

Tengamos ésta por única divisa: *Patria, Paz, Progreso.*





UNIVERSIDAD
EAFIT®

Abierta al mundo
Sala de Patrimonio Documental

BIBLIOTEC
Universidad E



6200000151208

